

Memoria de mis mundos

Leopoldo Marcos Blugerman

*¡No! Permanecer y transcurrir
no es perdurar, no es existir
ni honrar la vida.
Hay tantas maneras de no ser,
tanta conciencia sin saber
adormecida...
Merecer la vida no es callar y consentir,
tantas injusticias repetidas...
Es una virtud, es dignidad
y es la actitud de identidad más definida.
Eso de durar y transcurrir
no nos da derecho a presumir.
Porque no es lo mismo que vivir
honrar la vida.*

*¡No! Permanecer y transcurrir
no siempre quiere sugerir
honrar la vida.
Hay tanta pequeña vanidad,
en nuestra tonta humanidad
enceguecida.
Merecer la vida es erguirse vertical,
más allá del mal, de las caídas...
Es igual que darle a la verdad,
y a nuestra propia libertad
la bienvenida...
Eso de durar y transcurrir
no nos da derecho a presumir.
Porque no es lo mismo que vivir
honrar la vida.*

(Honrar la vida, Eladia Blázquez)

Los primeros años

Y don Pedro se largó a volar

Cuando papá subió al avión Curtiss biplaza (“El más pesado que el aire”, según lo apodaban las inflamadas crónicas) que lo llevaría a sobrevolar la ciudad para convertirlo en el primer hombre de Corrientes en surcar los cielos, estaba aterrado, sin atenuantes ni disimulo.

Antes de la aventura le hizo jurar al director del diario, quien lo había enviado a cubrir el acontecimiento de la llegada del aparato piloteado por José Ignacio Cigorraga, que en caso de estrellarse en el cumplimiento de su deber lo honraría con un velorio digno, y además se haría cargo de la manutención de su familia.

Corrientes, desde ya, era en 1920 una urbe muy distinta de la que conocemos ahora, más pequeña, más pueblerina y un tanto más ingenua.

Su geografía estaba surcada por un costurón que la dividía en dos: el arroyo Poncho Verde. De un lado estaban el centro, las casa con zaguán, el pavimento; del otro, los barrios con techos bajos y los zanjones montaraces, con maleza bordeando las calles de tierra. Ambos mundos estaban unidos por unos endeble puentecitos de madera que a fuerza de angostura volvían peligrosas las incursiones de uno a otro lado.

Verde moteado de empedrado y ningún edificio de más de dos plantas: ese fue seguramente el paisaje que vio papá desde el aire, si es que en algún momento abrió los ojos durante el paseo. Para redondear su pánico, el piloto decidió jugarle una broma lanzando el avión en picada sobre la Plaza de Mayo.

La empresa tuvo como saldos un jefe satisfecho, un periodista al borde del infarto y, tiempo después, a la señora María Eddy Billinghamurt disputándole a

papá el título de pionero de la aeronáutica correntina. Ella mismo hizo correr la especie de que era la primera representante provincial en cumplir el sueño de Ícaro.

Mi padre fue, verdaderamente, el primero en hacer muchas cosas, y a lo largo de su vida se encargó de fundar una detrás de otra.

No creo que le haya importado mucho que la mujer tratase de invalidar su hazaña.

Periodista de El Liberal, un diario que paradójicamente era el órgano de difusión del Partido Autonomista, y corresponsal de Crítica, del mítico Natalio Botana, Pedro Blugerman era de esa clase de hombres cuyas mayores satisfacciones son los comienzos. Eso no significa que dejara las cosas a mitad de camino, sino que una vez consolidado su proyecto una especie de resorte interno lo impelía a ir por más, como el ingeniero que al estar colocando el último ladrillo del rascacielos en construcción ya piensa en el puente que levantará mañana.

Un emprendedor, eso era papá.

Fue periodista, inspector municipal en el control de adulteración de la leche, librero, imprentero y presidente de la colectividad judía. Fundó el Banco Israelita, la Asociación de Periodistas, el Centro de Jubilados, una liga de lucha contra el cáncer, y contrabandó judíos que escapaban del nazismo y sus coletazos tras la Segunda Guerra Mundial.

Nació en el primer Año Nuevo de un siglo veinte luego equiparado con un *Cambalache* por Discépolo, en Entre Ríos, más precisamente en Villa Clara. Allí llegó su padre, mi abuelo Meer, a bordo del barco Orione, en 1894, escapando de los feroces pogroms de la Rusia zarista y con un permiso oficial

que lo autorizaba a abandonar el país pero que le prohibía, expresamente, el regreso. Como tantos otros, Meer fue partícipe de la epopeya inmigratoria del Barón Hirsch, que regó el suelo entrerriano de judíos hambrientos de trabajo y de pan que huían de una Europa exangüe, vieja e intolerante. El tiempo y la historia se encargarían de endilgarles a aquellos inmigrantes, principalmente eslavos, el apodo acuñado por el escritor Alberto Gerchunoff con el que se los conoció y que ya tiene ribetes casi míticos: *Los gauchos judíos*.

En estas tierras los colonos roturaron, sembraron, se aficionaron al mate “a la priluzky” (con un terrón de azúcar en la boca para atenuar el sabor áspero de la yerba), contaminaron su yiddish con palabras y modismos locales y tuvieron hijos que constituyeron la primera generación nacida en el país.

En Villa Clara Meer pasó a ser Miguel, castellanizando su nombre, y junto a Paula Kreimer, mi abuela, crió a Leopoldo, Pedro, Marcos, Isaac, Elías, Abraham, Beba, María y Aída, y de Villa Clara partió papá con toda la familia, que se trasladó en un éxodo en pequeña escala al nuevo lugar de residencia: Corrientes.

Corría 1901.

Ya asentado y siendo inspector municipal, papá viajaba gratis en tranvía. En uno de esos viajes, encontró a mi madre y comenzó a hacerle “la pasada”, interminables viajes a ninguna parte, ida y vuelta, sólo para verla y que ella la viera.

La persistencia rindió sus frutos y papá a la larga se casó con María Lifschitz, la hija de Salomón y Clara, nacida en Besarabia en 1906 pero anotada como argentina por sus padres, que se afincaron en Domínguez, otra de las colonias entrerrianas, después de su llegada con la beba María. Como

no existía el Scholem Aleijem, la unión se realizó en lo de un ganadero judío apellidado Frith, por la calle Santa Fe.

Una vez casados, fueron a vivir a la casa de Córdoba 448, en la que mamá me alumbró, un 10 de mayo de 1927. Los partos, entonces, se realizaban en el hogar con la asistencia- en el mejor de los casos- de una comadre con formación empírica. El abuelo, relojero y cerrajero (oficio este último que transmitió al tío Isaac), fijó domicilio a dos cuadras.

En casa nació y en casa nacieron Ruth- todos la llamábamos *Chela*- la primogénita de los Blugerman, y Ofelia, *Negra*, mi hermana menor. La Costanera no era siquiera un proyecto, y daba la impresión de que el Paraná casi podía tocarse desde mi casa. La única frontera con él era una hielera, a dos esquinas, y luego de alguna lluvia torrencial que lo hacía desbordar, podíamos nadar en la calzada, con sólo bajar de las altas veredas que protegían a las viviendas del agua. La calle estaba asfaltada, y ese era uno de los modestos lujos con que el centro aventajaba a la periferia.

La nuestra era una de esas construcciones antiguas y sólidas, como la mayoría de las de la zona, del estilo colonial correntino que anteponía la practicidad a la estética superflua. Cuando los abuelos nos visitaban y mis hermanas y yo éramos chicos, los recuerdo en el patio conversando en yiddish de temas que seguramente no debíamos conocer. O que no debía conocer papá, porque tanto él como mis tíos no aprendieron jamás esa lengua nacida en la Edad Media. No eran religiosos, y nunca les inculcaron observancia de la liturgia ni de muchas tradiciones doctrinales.

Hombre amplio, papá siempre se definió como agnóstico y así nos educó, hasta el punto de que Chela y yo nos casamos con personas católicas, y Negra, con un judío sefardí.

Una anécdota lo pinta de cuerpo entero. Como presidente de la Sociedad Israelita, le tocó realizar un homenaje al embajador de Israel, de visita en la provincia. Al concluir el ágape, le preguntó al homenajeado qué opinaba de la recepción. “Don Pedro”, le contestó, “todo estuvo muy lindo, pero por favor, la próxima vez no coloque sándwiches de jamón”. El embajador se refería a la proscripción del consumo de cerdo establecida por el judaísmo.

Aún hoy, uno de los grandes misterios que guarda para mí su personalidad es que, siendo judío, agnóstico, sin campos y ajeno a la ilustre prosapia correntina, fuera conservador. Salvo en eso, en casi todo soy idéntico a él.

II

Con toda su raigambre de rancia oligarquía y conservadurismo, Corrientes nunca tuvo un antijudaísmo violento entre sus defectos, y esto le permitió a los Blugerman progresar cada uno en su área sin mayores dificultades.

Tampoco su falta de apego a los protocolos religiosos les acarreó la desconfianza o marginación de los judíos: papá y todos sus hermanos fueron, a sus turnos, presidentes de la colectividad y en repetidas oportunidades.

Uno de sus mandatos coincidió con los finales de la Guerra, cuando los campos de exterminio ya no eran un secreto para el resto del mundo pero sí para Argentina, un secreto garantizado por los gobiernos de facto primero y el de Perón después, que no se contentó con ocultar sino que cerró las puertas a

los judíos fugitivos, (“Mala Inmigración” según el rótulo estampado con lápiz rojo en sus pasaportes), y las abrió para los tráfugas del Tercer Reich. Entonces, como dirigente, se encargó de hacer entrar clandestinamente, vía Paraguay, a todos aquellos que ya no tenían un lugar al cual volver. En el barquito “Anita G”, propiedad de los Gutnisky, arribaban en secreto para morar, hasta lograr una ubicación, en la sede de la colectividad, por San Martín al mil cuatrocientos. Allí, el suelo estaba cubierto de colchones, valijas y pobres pertenencias en espera de un destino mejor.

Varios de los llegados eran médicos. Existía una ley provincial por la cual un médico extranjero bajo juramento de serlo, que no contase con título que lo habilitara, podía ejercer en las localidades del interior que carecieran de doctores (uno de ellos se instaló en Goya, y lo seguí tratando hasta que perdí contacto con él).

Pero las actividades humanitarias encubiertas no le impedían tener buenas relaciones con las autoridades y gozar de estima entre ellas. Fue hombre de confianza de gobernantes y personajes importantes, sin renunciar a su integridad cuando era difícil no claudicar ante las prebendas de los caudillos de turno.

III

Fiel a su principio de no imponer la religión a sus descendientes, papá me hizo completar la primaria en la escuela Sarmiento, sin pasar por la enseñanza que prescribe el judaísmo. De ahí, al Colegio Nacional General San Martín,

donde establecí una marca: ser el único alumno que ingresó con pantalones cortos.

Era un buen deportista. Me destacaba en básquet y remo. Siendo socio del Club Córdoba, con un herrero de apellido Verrastro, armamos el primer par de jirafas para tableros que se vio en la ciudad. En remo, me asocié al Regatas cuando el club era una construcción de madera, que se reservaba la admisión por el sistema de “bolilla negra”, que vedaba el ingreso de nadie que no proviniese de familia pudiente. Ese no era mi caso, por supuesto, y no sé cómo me las apañé para que me admitieran. Pero los tiempos, afortunadamente, cambian, y hoy tengo una membresía vitalicia.

Como jugador de básquet, el equipo que integré en el Nacional- sin modestia debo contar esto- , brilló al vencer a la Regional en el duelo clásico. Esta rivalidad intercolegial fue incluso immortalizada por Pocho Roch en su vals “Corrientes soñadora”: *... los famosos partidos/ Regional y Colegio...*

Pero el premio ganado no nos fue entregado, merced a los oficios de un grupúsculo de nazis locales (que los hubo, los hubo), que argumentó que no se podía premiar a un “antro de judíos” como el Nacional. Una vez, estos trasnochados fascistas domésticos celebraron un mitin en la esquina de la Municipalidad, para manifestar su adhesión al nazismo.

Ay, cuánto ínclito personaje de la actualidad tuvo algún abuelo o padre metido allí viviendo al Reich...

En fin, cosas que suceden y a las que no fue ajena una Corrientes que todavía se empeña en ocultar muchas cosas bajo la alfombra.

Pero como contrapartida, muy pocos recuerdan que en España y Junín funcionó, durante la Guerra Civil Española, la Organización de Ayuda a los

Republicanos, que se encargaba de enviar asistencia a los combatientes que luchaban en la Península contra el fascismo. El conflicto, que estalló en 1936, fue un prelude de la Segunda Guerra y el campo de pruebas para que Hitler, aliado del Generalísimo Franco, estrenara su flamante poderío bélico. Las bombas de su Luftwaffe, la fuerza aérea alemana, arrasaron Guernica en 1937, y a todos nos dolió enterarnos de la noticia por la BBC de Londres, que captábamos en onda corta.

Los bandos que tendrían protagonismo en la conflagración mundial por venir ya estaban definidos en la Guerra Civil, y brigadas de todo el mundo llegaban a España para luchar en ambos lados, dándose el caso de que los italianos aportaron combatientes tanto a la República como a la Falange.

El Quinto Regimiento, conformado por miembros del Partido Comunista argentino, actuó en España defendiendo la democracia del presidente Manuel Azaña.

En los últimos meses, la situación de los republicanos era desesperante. En abril de 1938 Luigi Longo, secretario del Partido Comunista italiano, publicó en un diario parisino un llamamiento solicitando ayuda para la República, que en un fragmento decía: *No es una democracia lo que está en juego, sino la democracia misma...*

Con mi corta edad, me acerqué a esta Organización, que recolectaba ropa y víveres (también los papeles de estaño de los paquetes de cigarrillos, porque se decía que los fundían para fabricar balas), para ser enviados a España, y colaboré con ella. Estaba integrada mayormente por comunistas, y ese fue mi primer acercamiento al Partido. Con los años vendrían una mayor toma de conciencia y una participación más activa.

Es importante definir el contexto político de aquella época para dimensionar el peso de ser de izquierda en una provincia como Corrientes. Con un peronismo todavía inexistente, un radicalismo sin mucho peso y los partidos Autonomista y Liberal capitalizando la escena de manera bipartita- ambos de una rancia estirpe oligárquica y conservadora-, era una muestra de un enorme valor declararse partidario de una ideología que arremetía contra los pilares fundamentales del régimen, poniendo en peligro la libertad y hasta la integridad física: en épocas eleccionarias, puertas y ventanas debían cerrarse, sin pensar siquiera en salir a la calle, porque las diferencias electorales eran definidas a balazos.

En medio de aquellos turbulentos años, mi padre, autodefinido como apolítico, no objetó mi (modesta) participación en la Organización, librepensador como era. La Guerra concluyó con la victoria del franquismo, y creo que la culpa de la caída republicana recae por completo en los anarquistas, aliados nocivos de la causa democrática. Todos lamentamos la noticia en casa, pegados a la radio, el registro más inmediato de los hechos antes de la televisión y el satélite.

Por lo demás, acontecimientos trascendentales como ese o las vicisitudes de la Segunda Guerra tuvieron aquí, y en el país, escasa o nula trascendencia (Argentina, por caso, censuró la noticia del armisticio alemán).

Corrientes proseguía al margen de muchas cosas, y don Pedro sumaba actividades a su ya de por sí ajetreada vida.

En sociedad con tío *Pototo* (Abraham), fundaron una imprenta en la calle Mayo, la Imprenta Blugerman, en la que solía pasar horas maravillándome ante

las máquinas que barajaban cientos de hojas que en pocos segundos emergían cubiertas de palabras, en un proceso que me parecía mágico.

El olor a tinta acompañó desde siempre a papá, fue como un halo que lo envolvió durante toda su vida. Parecía predestinado a la palabra impresa, sea cual fuese la función que cumpliera. No bien terminada la secundaria, al irme a Rosario, inauguró la librería Mariano Moreno, de cuyos ingresos él destinaba una parte para la mensualidad que me enviaba. En su salón de ventas (primeramente ubicado en Pellegrini y Córdoba, y después en Pellegrini y San Juan), se realizaban charlas y ateneos.

La librería, atendida por mi madre y mis hermanas, también funcionaba como sala de lectura, aún con el perjuicio que esto ocasionaba a las finanzas. La gente poblaba el lugar leyendo libros que no compraba, y el doctor Folguera fue uno de los más conspicuos “garroneros”, devorándose libros completos sin comprarlos. Anécdotas simpáticas de un período, uno de los más activos para él, que lamento mucho no haber pasado junto a papá.

Alternaba sus múltiples tareas con la de secretario privado del intendente, a quien suplantaba en sus funciones cuando se hallaba ausente. Derecho y honrado, jamás buscó el beneficio propio en la tarea pública; el auto oficial que le estaba asignado permaneció inactivo todo el tiempo en el que ejerció como concejal. Como director de El Liberal (diario en el que empezó en el puesto de cadete), le tocó afrontar un período de censura en el que todo el material a publicarse debía pasar por los filtros de la Gobernación. Cumplido el trámite, una vez retornó a sus manos un ejemplar prolijamente amputado por las tijeras oficiales, que eliminó los artículos “nocivos”. Entonces, él decidió lanzar a la

calle un número con espacios en blanco en el lugar donde debían ir los textos prohibidos.

Prefirió el silencio total antes que el decir a medias.

Su mayor orgullo era izar la bandera en la escuela Moreno todos los 7 de junio, en representación de los periodistas.

En una irónica mueca del destino mi madre falleció un 7 de junio. Desde ese mismo día, mi padre se sumió en un mutismo absoluto, en el que ni una sola palabra salió de su boca, hasta el día de su muerte, también un 7 de junio.

Esa fecha está destinada en el almanaque a homenajear a los trabajadores de la información, de los que fue casi un símbolo, a veces injustamente olvidado.

Mucho tiempo había pasado desde su intrépido vuelo, tiempo en el que transitó multitud de mundos sin traspasar las fronteras de Corrientes, donde vivió muchas vidas teniendo siempre como distintivo la entereza del luchador y el desprejuicio del humanista.

No atendió a los dogmas, quizás porque creía que anulan al hombre.

Don Pedro Blugerman, mi padre, fue universal desde su aldea, tan remota como la que dejó abuelo Miguel en Ucrania para desandar un camino que le habrá parecido infinito, sólo con una esperanza y una autorización de salida en el bolsillo.

La Medicina

La Universidad: palos y libros

Argentina no se decidía por un bando en la Segunda Guerra Mundial. La germanofilia que los sucesivos gobiernos de facto siempre habían demostrado a lo largo de la Década Infame no terminaba de plasmarse del todo, sin embargo, en una toma de posición contundente. El presidente Ramón Castillo, al frente del país durante la mayor parte del conflicto, mantuvo una firme neutralidad, y quien lo sucedió en el mando luego de su derrocamiento (con el paréntesis de una breve presidencia de Arturo Rawson), el general Pedro Pablo Ramírez, mantuvo contactos estrechos y fluidos con diplomáticos, funcionarios y hasta espías del Tercer Reich. Sólo la enérgica oposición de los Aliados impedía que las simpatías derivaran en la oficialización de un secreto que era mantenido sin demasiado entusiasmo: Argentina era visto como punta de lanza en América Latina del fascismo.

El GOU-Grupo de Oficiales Unidos o Grupo Obra de Unificación- fue constituido en 1943. Era una logia militar de sólidos cimientos nacionalistas, que admiraba la organización castrense y política de la Alemania prusiana (el ejército argentino tiene, desde principios del siglo XX, el esquema prusiano, por lo que no es rara la adhesión del sector armado al nacionalsocialismo).

Los miembros del Grupo Obra de Unificación fueron uno de los nexos-avalados y hasta apoyados bajo cuerdas- que unían al país con el Tercer Reich.

Juan Domingo Perón era miembro del GOU, al igual que Ramírez, y fue su secretario de Trabajo y Previsión Social. Desde ese puesto se dedicó a perseguir sistemáticamente a los sindicatos socialistas y comunistas, desmantelándolos y deteniendo a sus miembros y dirigentes. Con la tácita anuencia oficial, también actuaba por aquellos días un grupo parapolicial que fue antecedente de los tristemente célebres “Grupos de Tareas” de la Dictadura: la ALN, Alianza Libertadora Nacionalista, anticomunista y antijudía.

La fórmula Perón- Quijano derrotó a la Unión Democrática representada por Tamborini- Mosca en 1946, en unas elecciones que llevarían a Perón a la presidencia por primera vez. La coalición formada por el radicalismo y partidos de izquierda no pudo con el flamante Partido Justicialista, pese a contar con el beneplácito de los Estados Unidos y el apoyo de su embajador; Spruille Braden, mentor del célebre *Libro azul* del Departamento de Estado norteamericano, que desenmascaraba las relaciones entre los gobiernos argentinos con la cúpula nazi, desde el principio de la Guerra hasta 1946. Este informe llevó al general a formular la paradoja “Braden o Perón” al sentirse personalmente tocado por el informe oficial.

La derrota de la Unión Democrática significó la legitimación de un nacionalismo extremo y de un autoritarismo gestado desde hacía muchos años atrás.

Uno de los pocos focos de oposición al justicialismo se encontraba en la Universidad por lo que, entre sus medidas de gobierno más inmediatas, Perón ordenó la remoción del setenta por ciento del personal docente de las universidades de todo el país, y sus intervenciones.

Todo eso durante el primer año en el poder.

Ese era el panorama un año después de mi llegada a Rosario, para estudiar Medicina en la Universidad Nacional del Litoral. Para alguien del Nordeste, aquella era casi la única opción, pues en Corrientes aún no funcionaba la Facultad.

El dinero que ganaba mi padre, aún con la infinidad de actividades que desarrollaba, era insuficiente para atender los gastos del hogar y a un hijo estudiando en otra provincia, y fue por ello que decidió crear una fuente de ingresos extra, que sirviera para sustentarme mientras durase la carrera. Con ayuda de un cuñado de mi padre, dueño de una importante librería en Resistencia, abrió la Mariano Moreno, que mencioné anteriormente. En sus primeros tiempos, los anaqueles estaban poblados de libros y de cajas vacías de libros, que papá y mamá colocaban allí para simular un stock más impresionante que el que en realidad poseían.

Pronto, el ardid ya no fue necesario, porque el negocio, pese a oficiar en ocasiones más como biblioteca pública que como expendedor de libros, fue progresando y creciendo, tanto como para poder comprar el edificio de Pellegrini y San Juan, que también sirvió de vivienda familiar.

En Rosario, conseguí lugar en una pensión habitada casi exclusivamente por muchachos de izquierda. La mejoría de las arcas paternas les permitía enviarme cien pesos mensuales, que entonces y para un chico solo cubrían holgadamente los gastos de vivienda, comida, ropa y libros, e incluso sobraban para otras necesidades que pudiesen surgir.

Bien abastecido económicamente, sin necesidades materiales y siguiendo una vocación que despertó muy temprano (ya en el primer año de la secundaria repetía a quien quisiera oírlo que iba a ser doctor), mi paso por la

Universidad no fue precisamente tranquilo, y creo que no lo habrá sido para nadie que haya cursado por aquellos años.

Una convicción tomó fuerza para mí en esas épocas estudiantiles, una convicción vislumbrada en Corrientes por los días de la Guerra Civil Española, cuando siendo poco más que un niño decidí colaborar con los demócratas en su lucha contra el fascismo, una convicción que me hacía ver las huellas infames de la demagogia detrás de las sonrisas blancas y las dádivas a los más necesitados.

La influencia del entorno en esa pensión repleta de jóvenes con ideas a contracorriente de las imperantes, con las que el gobierno machacaba hasta en los libros de lectura de la primaria, muy pronto me hizo aliarme a los reclamos reformistas que ellos enarbolaban.

La Universidad estaba dividida en anti y pro reformistas. Los anti eran obsecuentes del peronismo, que se oponían a una universidad laica y sin control del Estado, ideas esgrimidas por la Reforma de 1918, impulsada por la FUC, la Federación Universitaria de Córdoba, durante el mandato de Yrigoyen, cuando las casas de altos estudios estaban en manos de la Curia. Un fragmento del manifiesto de 1918 dice: *“...Por eso queremos arrancar de raíz en el organismo universitario el arcaico y bárbaro concepto de Autoridad que en estas Casas es un baluarte de absurda tiranía y sólo sirve para proteger criminalmente la falsa-dignidad y la falsa-competencia...”*

En el Partido Reformista Universitario, fundado por Amadeo Sabattini y Conrado Storani en la Universidad de Córdoba, comencé a foguearme en la actividad política, una actividad con la que estaría compenetrado de manera más formal después de mi vuelta a Corrientes, cuando me afilié al PC.

Rosario era una de las plazas más aguerridas de la FUA, la Federación Universitaria Argentina- también nacida al calor de los agitados días de 1918-, y esa fama de resistentes duros estaba bien ganada por su oposición a cualquier forma de intromisión antidemocrática. Eran frecuentes las detenciones y la represión, aunque esta fuese ejercida en una escala casi insignificante si es comparada con la feroz y sistematizada masacre que el país conocería casi treinta años después.

Preso varias veces, yo no permanecía, sin embargo, mucho tiempo en los calabozos, por ser menor de edad. En otras ocasiones, pude salvarme de la policía por llegar tarde a lugares en los que apenas minutos antes una redada había barrido con mis compañeros. De todos modos, resultaba más engorroso quedar libre que ir detenido. Quien quedara “afuera”, debía encargarse de trámites como avisar a la familia, conseguir abogados y proveer de colchones y alimentos al camarada preso.

Así eran manejadas las cuestiones de política estudiantil por el gobierno. Una asamblea, un encuentro de camaradas, una sencilla reunión podían terminar en razzias y apaleamientos policiales, a veces originados en las denuncias de los propios estudiantes opositores.

No era una cuestión para tomarse a la ligera ser de izquierda en una época en la que el comunismo era mala palabra, una condena que empujaba casi de inmediato al ostracismo y al repudio (fue declarado ilegal en 1943). Entre los objetos de odio predilectos de la ALN figuraban en primer lugar los comunistas, y en segundo los judíos.

Huelga decir que yo cumplía con ambos requisitos para hacerme merecedor de la persecución fascista, pero afortunadamente el radio de acción de la Alianza no alcanzaba a Rosario.

La otra condición que me convertía- que nos convertía-, a mí y a mis compañeros reformistas en peligrosos, era el repudio al peronismo, que sostengo hasta ahora. Soy antiperonista. Si fuera obrero de seguro sería peronista, por las mejoras y las prebendas que el partido derramó sobre los trabajadores y los obsecuentes aprovechando las arcas llenas del “granero del mundo” de la posguerra, pero como profesional y miembro de una clase intelectual debo distinguir entre demagogia y democracia. Eso pensaba entonces, y hoy, que los años menguaron el ardor y la pasión de la juventud. Por ello estoy seguro de que mis convicciones son legítimas, ya que sobrevivieron a la pérdida del entusiasmo y del ímpetu de los comienzos que, supuestamente, sobreviene con la madurez, para asentarse permanentemente en el sitio que la reflexión y la contemplación tiene destinados a los fundamentos inalterables.

II

En la jerga militante, yo era un *aliado*. Nos dividíamos en aliados y comunistas, no por una cuestión de jerarquías o de mayor o menor grado de compromiso; sucedía que los comunistas eran parte del Partido y los aliados no, pero la conciencia y el objetivo eran idénticos. Al decidirse una medida, esta era acatada sin distinción partidaria.

Medidas como las huelgas estudiantiles.

En mi tiempo como estudiante, se realizaron dos huelgas, una de las cuales se extendió por un año.

La primera, organizada como reacción a la toma de la facultad por fuerzas reaccionarias de la dictadura militar el 7 de octubre de 1945 (y que daría lugar a una intervención), se realizó en el mismo año de mi ingreso, como oposición a una medida arbitraria y a un interventor autoritario.

Conservo un romance escrito por Mario Monte, un estudiante de la UNL de Rosario, que narra con desgarrador dramatismo los hechos de aquel amanecer en que irrumpieron a la facultad las fuerzas represivas, *Los correntinos*, como llamaban a la policía montada:

Cinco de la madrugada

*Se desmayan los luceros
porque la noche se acaba.
Sobre la Facultad vuela
la brisa de la mañana.
Los cascos de los caballos
suenan de la noche al alba.
¡Ay, que flor amanecida
verá la ciudad mañana!
Las bombas llamando al pueblo
herían la madrugada.*

*El trote de los caballos
quiebra el silencio del alba.
Un motor vibra primero, trepida, muge y se calla.
Después, otro y otro llegan.
Cinco de la madrugada.*

*Con armas hasta los dientes,
viene la fuerza esperada
con los botones lustrados.
Cinco de la madrugada.*

*¡Forzad nuestras puertas altas...!
Silencio... grande... imponente...
Cinco de la madrugada.*

*Sin armas para la lucha,
nuestro coraje nos basta.
¡Muchachos, somos hermanos!
Renace la idea mala
¿Para qué se hizo la guerra?
¡Oh, cuánta es nuestra desgracia!*

*Derrumbad, sordos mentales...
¡Forzad nuestras puertas altas...!*

*Los golpes de los esbirros,
- ¡qué triste y gris alborada!-
en carne propia dolían.
Renace la idea mala.
El dolor que tanto duele,
a cada golpe se agranda.*

*De un lado los uniformes
- de asombro caras pintadas-;
del otro las manos limpias
que se defienden sin armas.
¡Oh, querida Facultad,
por segunda vez tomada!*

*¡Ay, la sangre como hierve!
Brotó un canto y se levanta.
¡Que nudo late en el aire...!
Del Preámbulo las palabras.
Ligadas con las del Himno
que se muerden, no se cantan.*

*Anfiteatro vibrante,
-¡ay, como jamás vibrara!-
y rebelde como nunca,
se acercaban a la entrada.
¡Qué rabia cruza los pechos!
Cinco de la madrugada.*

*Los muchachos apiñados
todos como en una estampa.
Sin fuerza contra la fuerza.
No necesitamos armas.
Con los puños que se cierran,
las uñas dejan su marca.
Los corazones brincando.
Cinco de la madrugada.*

*¡Oh, rosas de bronce agrio!
De pronto, tres clarinadas.
Áspero sonido agudo;
tres tajos en la mañana,
que son tres cuerdas de bronce.
Estrangulad las gargantas.*

*Derrotados en la guerra,
aquí, de nuevo se alzan.
Sí, se levantan los nazis.
Renace la idea mala.
¡Muchachos, somos hermanos!
¡Oh, cuánta es nuestra desgracia!*

*Nadie duerme, pues la fuerza
ya con entrar amenaza.
Nadie vio temblar a nadie.
Son mil armados que avanzan.*

Combativos como éramos, nos oponíamos con energía a los designios de un rector fascista, y esa oposición no admitía claudicaciones. Aquellos que no participaron de la huelga, los “carneros”, fueron expulsados sin más del Partido Reformista. Este grupo armó Reforma Integral.

Fue una medida dura porque la lucha era dura.

El fragmento que incluí líneas arriba pinta a la perfección la esencia de aquella militancia de mediados de los cuarenta, la firmeza y decisión que se oponían a las medidas arbitrarias y a los embates armados del aparato represivo. Empapados de ese espíritu, de ese afán democrático, fue que nos adherimos al repudio por envío de tropas a la Guerra de Corea.

Cuando la polaridad Estados Unidos- Unión Soviética dividía el mapa mundial, estalló la Guerra de Corea, el 25 de junio de 1950, que enfrentaba al Norte, reconocido por la Unión Soviética, con el Sur, bajo protección de Estados Unidos. Norteamérica no tardó en tomar partido por su aliado, e intervino en el conflicto, que se extendió hasta 1953.

El TIAR, Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca, fue rubricado por Argentina en 1947. El Tratado era una maniobra de Estados Unidos para asegurarse la asistencia de los demás países del continente en caso de amenaza intercontinental. Invocando este documento, Perón dispuso el envío de tres mil soldados a la guerra, para cumplir con lo estipulado en él. Estaba desdiciéndose así de su tan proclamada *Tercera Posición*, que pretendía constituir al peronismo- y al país- en una alternativa intermedia entre el capitalismo y el comunismo, a los que consideraba parejamente nefastos.

El 18 de julio de 1950 se efectuó una marcha popular desde la localidad de Pérez, cercana a Rosario, encabezada por cinco mil obreros ferroviarios de los talleres del Ferrocarril Mitre, para rechazar el envío. La marcha, a pie, se dirigía a la cuna de la bandera, y en el camino se unieron vecinos, trabajadores, y estudiantes secundarios y de las facultades, en el número de los cuales me contaba. Pasado el mediodía, llegaron al centro, donde nos unimos a ellos y

donde la policía reprimió con autobombas y caballería. Fuimos, calculo, más de cincuenta mil personas.

La marcha dio sus frutos.

Logramos torcer el brazo presidencial: en la Plaza de Mayo, Perón dijo que se haría “lo que el pueblo quiera”. Sobra recordar que ningún argentino pisó Corea para luchar en el bando estadounidense.

Resistirse a proyectos propagandísticos de ese tenor, de profunda carga simbólica para los sectores de derecha, significaba que la atención oficial no se desviara del ámbito académico.

Palos y libros. Tal era, entonces, la dieta del estudiante politizado.

III

Aunque todo conato de oposición ideológica era estigmatizado, los encarnizamientos políticos no se trasladaban en la Universidad a lo estrictamente académico.

Con todas las cátedras ocupadas por profesores afines al peronismo, con las facultades intervenidas, con el estado de alerta constante que producía el estar en la mira policial, o mejor dicho, aun pese a todo eso, nunca existió un injusto reparto de notas ni estudiantes favorecidos o perjudicados por cuestiones extracurriculares dentro de las aulas. Los mismos profesores, colocados en sus cargos más por inclinaciones oficialistas que por méritos, eran conscientes de no estar a la altura de los profesionales a los que suplían (quienes, a su salida, fundaron la Universidad Autónoma). En más de una ocasión reconocieron frente al alumnado ser parte de un cuerpo docente de

transición, y por ello tuvieron la honestidad de no cometer inequidades contra un estudiantado casi por completo opositor.

Las universidades fueron desde siempre un reservorio de nuevas dirigencias, por ser el caldero donde se cocinan las inclinaciones políticas preconcebidas, a las que se adicionan unas bases ideológicas sólidas. Además, los constantes debates, asambleas y asuntos organizativos foguean a los que se volcarán a la arena pública.

Sabedores de ello, los gobiernos de facto centraron su atención en las facultades. No existe nada más dañino para una dictadura que la libre circulación de ideas, y la estructura represiva no ceja en sus intentos de contrarrestarla.

Fueron muchas las interrupciones en la vida democrática en las que se vulneraron los derechos de expresión, en una escalada que degeneró de las palizas de mis años estudiantiles a las noticias aterradoras de épocas subsiguientes, en los que la alternativa a la muerte era el exilio.

IV

Las prácticas hospitalarias se realizaban durante los dos últimos años, se cubrían por concurso y eran remuneradas. Las guardias no contaban con médicos diplomados, sólo con estudiantes, que se dividían en practicantes mayores y menores.

No existía por entonces la actual plétora de profesionales.

Cuando me tocó realizarlas, en una de esas guardias en el sanatorio Rawson, de Rosario, prestaba servicios allí una chica rosarina, enfermera egresada de la Escuela de Enfermería del Roffo.

Uno de los propietarios del sanatorio estaba interesado en que yo trabara relación con su hija, y comenzó a oficiar de celestino. Pero mi interés ya estaba puesto en la enfermera rosarina, con quien empecé a salir tomando todos los recaudos para que el dueño no se enterase del romance. Las estrategias de ocultamiento fueron vanas, por la ingenuidad de mi padre. Veraneando en Mar del Plata, se encontró con el hombre, que resultó ser pariente de unos parientes nuestros, y le comentó, sin estar al tanto de la situación que nos implicaba a su hija y a mí, que yo estaba saliendo con una empleada de la clínica.

Al tomar conocimiento de lo que se desarrollaba entre nosotros, de regreso a Rosario y en represalia, despidió a la enfermera. Esto provocó la indignación y el repudio de los miembros del plantel de practicantes, que como medida solidaria renunció en su totalidad. Abandonamos el lugar, entonces, cinco futuros médicos correntinos y uno chaqueño.

Por sus impecables antecedentes y por su formación académica- atípica-, mi novia no tardó en conseguir trabajo en otra institución.

Esa enfermera era Olga Haydée Bouille, de quien ya nunca más me separé.

El 15 de enero de 1953, con todavía ocho meses de carrera por delante, nos casamos en ceremonia civil. Aunque de familia católica, tanto ella como yo no profesábamos fe alguna, por lo que de común acuerdo decidimos obviar cualquier unión litúrgica.

Soy un convencido, con una experiencia de más de cincuenta años de matrimonio que avala mi certeza, de que la armonía en el hogar sólo es posible cuando no hay injerencia de la religión, que casi siempre es causante de divisiones y desinteligencias, como en la mayor parte de los órdenes de la vida. Menos un nexo que un escollo, las doctrinas tienden a dividir lo que yo, como humanista acérrimo, creo es una unidad: la naturaleza del Hombre.

Estos fueron los principios que transmitimos a nuestros hijos y que fueron bien asimilados por ellos, ya que ninguno de los tres hizo primar las creencias por sobre los afectos a la hora de formar sus familias. En realidad, la mixtura religiosa y la pluralidad ya son casi una tradición familiar, porque desde aquel lejano abuelo Miguel, los Blugerman fueron agnósticos y librepensadores.

Por fortuna, también en la sociedad se produjo un cambio importante al respecto. Nunca tuvimos episodios de discriminación antijudía, salvo el que narré de mi adolescencia en el Nacional, pero, paradójicamente, no me dejaron asociarme al Club Hebraica por estar casado con una *goim*, una no judía. Esa disposición fue abolida, pero cuando ya había perdido interés en formar parte del Club.

Olga compartía conmigo no sólo el desapego hacia lo religioso, sino también las inquietudes políticas. Ella formó parte de la UMA, la Unión de Mujeres de Argentina, que propugna por la igualdad de géneros.

Su madre falleció poco antes de casarnos; operada de una hernia, no pudo salir viva del quirófano por un accidente anestésico.

Con sus ingresos y los míos llevábamos una vida sin estridencias pero sin necesidades. Vivíamos en su casa familiar, que la tenía a ella y a dos de sus cuatro hermanos como moradores tras la muerte de su madre.

Con un retraso de dos años en mi carrera debido a las dos grandes huelgas estudiantiles, trataba de acelerar mis estudios para recibirme lo más prontamente posible.

V

La etapa de esplendor del gobierno peronista empezaba a oscurecerse, ahogada por un segundo mandato que ni por asomo contaba con la unanimidad de apoyos que el iniciado en 1946. Muerta Evita en 1952, el carisma de Perón sufrió una merma importante, que se sumaba al descontento de algunos sectores otrora aliados. El fin se incubaba en cuarteles militares y entre las paredes que amparaban los encuentros de proscriptos que veían con agrado la posibilidad de un derrocamiento.

El nacionalismo irreflexivo, aquel de los albores del movimiento justicialista (ese mismo que una vez bregó por la repatriación del tirano Rosas), se retiraba para dejar paso a una adhesión basada más en la lealtad que en el convencimiento.

Hasta el brillante plan de salud, el *Plan Analítico de Salud Pública*, del doctor Ramón Carrillo, primer ministro de Salud Pública de la historia (antes de la reforma constitucional de 1949 era una Secretaría), iba decayendo por los movimientos políticos y conspirativos. El *Plan* dividía el país en zonas sanitarias, atendiendo las necesidades específicas de cada una. Carrillo extendió la vacunación antivariólica y antidiftérica a los puntos más remotos del país, y realizó la primera campaña exitosa en el mundo para erradicar el paludismo. También creó EMESTA, la primera fábrica nacional de

medicamentos, y apoyó a los laboratorios nacionales para que no estuviesen supeditados a los extranjeros. (Este fue uno de los puntos más controversiales y de los más delicados de su gestión, y el que le valió enemistades poderosas). El doctor Arturo Oñativia, ministro de Salud durante la presidencia de Illia me confesó personalmente una vez que una ley similar, la 16.462, que garantizaba el acceso de la población a los medicamentos, y que afectaba a las multinacionales, fue la principal causante del derrocamiento del radical en el sesenta y seis).

Así, una era, la peronista, estaba poco a poco llegando a su tope, para dar paso a más gobiernos militares.

Ese era el cuadro de situación durante el último tramo de mi paso por la Facultad.

Finalmente, en 1953 obtuve el preciado título. Pero aún esta satisfacción culminante se retrasó, como una secuela de mi actividad política: para la entrega efectiva del título, uno de los requisitos era un certificado de buena conducta expedido por la policía, que me fue denegado por las entradas que guardaba mi expediente en los archivos de la fuerza. Fue necesaria la interposición de un Habeas Corpus para poder adquirir el ansiado documento. No hubo fiesta de egresados ni celebración alguna. El rector, al entregarnos el título, nos decía, por lo bajo, “Un desocupado más”.

Era el 22 de septiembre, día que me pasé estudiando, sin importar que fuera el último.

Con un diploma que me certificaba Médico Cirujano emitido por la Facultad de Medicina, Farmacia y Ramos Menores de la Universidad del Litoral, emprendí el regreso a Corrientes, donde mis padres me esperaban con un

proyecto como regalo de bodas, proyecto que se convertiría en una de las razones de mi vida.

Tenía veintiséis años y un hijo en camino.

La puerta hacia otro de mis mundos se estaba abriendo.

Entre ladrillos, cemento e instrumental

Corrientes, su fisonomía, no había cambiado espectacularmente desde que la abandonara.

Las calles, las construcciones, y sobre todo el arroyo Poncho Verde, proclamaban todavía la esencia colonial de la ciudad.

Social y políticamente, tampoco podían constatarse evoluciones sistemáticas. El orden conservador seguía con sus reales bien sentados en la provincia, en la que predominaban el rojo y el azul, divisas de los partidos Autonomista y Liberal. El general Juan Filomeno Velazco se consagró gobernador en 1949, transformándose en el primer peronista en ocupar el sillón de Ferré.

En mi campo, la medicina, el panorama estaba dominado por una casta de médicos que era la que prácticamente marcaba el paso en la profesión.

El paso del tiempo es riguroso, y no se detiene nostálgicamente en detalles. Muchas cosas que en el pasado eran aceptadas como comunes, carencias que no eran vistas como tales por sus contemporáneos, tecnología precaria a nuestros ojos y en su momento de vanguardia, hoy escandalizarían a los protagonistas de este siglo veintiuno.

Aquella década del cincuenta aparenta distar de este nuevo milenio muchísimo más que las escasas cinco décadas que separan a ambas. Debido a eso, es necesario cada tanto hacer una inflexión en estas memorias, para

ubicar a quienes no transitaron por esos años, con el fin de poder entender muchas cosas.

En la ciudad existían sólo dos nosocomios, el Vidal, de hombres, y el Juana Francisca Cabral, para mujeres. Era el único lugar del país en el que no había un hospital mixto. El Banco de Sangre no estaba aún en la mente de nadie, y la Facultad de Medicina no abría sus puertas como tal. El censo de médicos arrojaba un pobre número, concentrado en la capital, y mal distribuido en el interior.

La casta de galenos a la que aludí estaba conformada por hombres que en su momento produjeron una verdadera revolución en la cirugía local.

Pertenecientes a una camada anterior a la mía, los doctores Romero, Lifschitz, Santillán y Monzón fueron adelantados en operaciones entonces complejas como las de vesícula, intestinos, ligaduras, cuando la única intervención que por entonces se practicaba aquí era la de apéndice. Hoy contadas, estas evocaciones se antojan viñetas de un pasado remoto en un lugar extraño, pero sucedieron hace no más de dos generaciones, en el mismo escenario, Corrientes, que transitamos en el presente.

Estos doctores, para retomar el hilo del relato, tenían prácticamente en sus manos el poder de veto sobre los profesionales recién egresados, ya que las posibilidades laborales estaban en sus manos. De ellos dependía que aquel oscuro vaticinio del rector el día de la entrega de diplomas, “un desocupado más”, no se tornara una desalentadora realidad. Cada uno de ellos tenía potestad sobre las salas de los hospitales, y así se hablaba por ejemplo de “la sala de Armando Romero”, aunque es cierto que estos liderazgos estaban atados también a los vaivenes gubernamentales y políticos.

Además, dos de ellos, Romero y Lifschitz, eran socios en el Sanatorio del Litoral.

Joven y con la tinta del título aún fresca, el novel médico debía encontrarse obligadamente con estas eminencias, que no es exagerado afirmar que decidían sobre su carrera en el ámbito local.

Era complicado progresar sin la anuencia que significaba una recomendación de la camarilla. A veces, las estrategias que usaban contra un potencial competidor incluían la difamación por cuestiones personales, o la lisa y llana calumnia. Se echaron a correr rumores que sindicaban a tal o cual colega como invertido, cornudo o, lo que es peor en la profesión, *yetatore*. Una acusación de ser portador de la mala suerte es, para un médico, fulminante. Con el sanatorio ya en funciones, traje a operar a un excelente cirujano militar, el doctor Vidacovich. Poseía, además de una extraordinaria técnica, un talento especial, ya que era ambidiestro.

Vidacovich se especializaba en cirugía de cancerosos, una rama delicada por el índice de mortalidad de pacientes durante y después de las intervenciones. En aquellos días, las patologías oncológicas prácticamente no volvían del quirófano. La cuestión es que de la camarilla nació la versión que señalaba al cirujano de Buenos Aires como yeta. El daño en su prestigio fue inmediato, y los pacientes huyeron.

Pero es menester aclarar que tales médicos fueron siempre conmigo personas de un trato correcto y que recibí su solidaridad, adhesión y ayuda en las circunstancias adversas que me tocó atravesar. Nunca usaron de sus influencias o posiciones políticas para perjudicarme en nada. El respeto que me dispensaban era consecuencia de la trayectoria intachable que durante su vida

pública cultivó mi familia, sobre todo mi padre, muy valorado por su ecuanimidad y rectitud.

Y casualmente a mi padre debo el regalo que ya comenté, aquel que me aguardaba como bienvenida en mi regreso.

II

Entre otras carencias, la ciudad padecía la de parteros. Me vienen a la memoria los apellidos Iglesia, Repara, Romero Corrales, Sánchez Guzmán.

Este último era el de una señora, dueña de una clínica para parturientas que vendió tiempo después a la sociedad integrada por la doctora Open Sumerai y su colega Balbastro. La sociedad acabaría disolviéndose cuando la mitad femenina de la misma decidió partir a Buenos Aires, para formar pareja con un hombre oriundo de allí, y vender la parte comercial de la clínica.

En algo eran mis padres cien por ciento judíos. Deseosos de tener al hijo cerca, como buena familia hebrea, adquirieron a la doctora la clínica emplazada en Carlos Pellegrini 1354.

Mientras tanto, casi inmediatamente después de mi retorno, más precisamente el 12 de diciembre de 1953, un decreto me nombraba Médico Agregado de Sala, ad honorem, en el hospital Juana Francisca Cabral.

Me inicié como ayudante del doctor Adén, un médico cordobés amigo de unos parientes, pero poco duró mi colaboración. Es que, salvo sostener el separador, no me dejaba desempeñar tarea alguna, y esa no era forma de seguir progresando. Fui a la sala V del doctor Gehan, muy amplio, bajo cuya tutela se formaron varios profesionales que luego fueron jefes de sala a su vez.

La titularidad de la sala V, mejor dicho, su traspaso, era un caso curioso: bajo los gobiernos peronistas, estaba a cargo del doctor Gehan, pero ante el advenimiento de un gobierno radical, automáticamente recaía sobre el doctor Folguera, aquel entrañable “garronero” de libros en el local de mis padres.

En el primero de estos recambios, tras la caída de Perón, en el cincuenta y cinco, presenté mi dimisión de la sala a Folguera, quien me preguntó los motivos de mi alejamiento. Le expliqué que fui nombrado durante la gestión de Gehan, y que estando él fuera del cargo, era justo que también yo me fuera. “No, de ninguna manera”, fue su tajante respuesta. “Usted sigue conmigo”. Folguera era todo un personaje, querible, inolvidable, cuya imagen siempre me despierta una sonrisa. Radical hasta la médula, en una fragmentación del partido había adherido a uno de los bandos. Nuestras polémicas políticas eran antológicas, y en una de ellas le pregunté si leyó un manifiesto del referente de la facción contraria a la suya. “Mire, doctor”, comenzó su genial argumento, “yo estoy en una edad en la que busco razones a mis razones. A mis años, no puedo darme cuenta de que estoy equivocado”. Miembro de una familia extremadamente católica, era un furibundo anticlerical, lo que le hacía ir a contrapelo de los suyos. Una vez, me enteré de que uno de sus hijos se había afiliado al Partido Comunista, y se lo comenté para aguijonearlo. Mascullando, me dijo: “Sí, ya lo sé. Para mí es como que se haya hecho cura”.

La experiencia que gané en el hospital no la hubiese podido adquirir en la parte privada, por las patologías en el parto que podían verse allí. Estaba todo el día en la Maternidad, sin horarios, sin descanso. Cuando alguno de los titulares no quería atender, la muletilla era “llámenlo a Polo”, aunque fueran las tres de la madrugada.

Así me fui haciendo de un bagaje insuperable, que acumulé durante casi diez años, y que me sería de enorme utilidad durante el emprendimiento más importante que me tocaría encarar, y que estaba muy cerca de hacerse realidad ese diciembre de mi nombramiento.

Es que el 2 de enero de 1954, con cuatro meses de recibido, me convertí en el director de un establecimiento con cuatro habitaciones para internación, una sala de cirugía, una sala de parto que construí en el garaje, una nómina de personal de seis empleados y un consultorio para el único doctor en funciones: yo.

Había nacido el Sanatorio del Norte, con Capricornio como signo zodiacal regente, en el mes más ardiente que depara el calendario a la tierra correntina.

III

Quizás a raíz de la impresión negativa que me causaba la salud pública, con pocos médicos, casi sin provisión gratuita de medicamentos, con una atención que se otorgaba como dádiva, acuñamos con Olga dos máximas que con el tiempo pasaron a ser un leitmotiv interno que nos impulsaba a seguir mejorando: “Un lugar seguro en el que nosotros nos atenderíamos” y “Hacerse imprescindibles para estar exentos de la represión”.

Esta última, con tintes casi políticos que acompañaban a la intención de excelencia, demostraría ser sumamente ingenua, ya que en la práctica la calidad no nos salvó del asedio del aparato controlador. Pero tal vez en aquellos días éramos un poco más optimistas por relativizar el ensañamiento con que el autoritarismo controlaba a los demócratas.

La atmósfera mientras duró el peronismo en el poder era insana, y se hacía patente la vocación teatral y grandilocuente en medidas absurdas y propaganda descarada.

Cuando Eva Perón falleció, en 1952, yo era estudiante en Rosario. El duelo obligatorio por la muerte de la primera dama tenía fuerza de ley. Todos los diarios debían tener, en la esquina derecha de la primera página, una franja negra en señal de luto. Ni el periódico del Partido Comunista, *Nuestra Palabra*, escapó a la regla, porque un sector del mismo estaba seducido por la gestión populista de Evita, a la que veían como la doctrina comunista plasmada en obras. Negro también era el crespón que en el brazo se nos imponía usar a los practicantes, so pena de represalias. En todos los ámbitos políticos y religiosos más importantes del país (casas de gobierno, catedrales), un cajón vacío representaba a la difunta, y al ataúd se tenía que rendir homenaje con las muestras de dolor más conmovedoras que se pudieran imposter, porque no conmoverse significaba poco menos que una traición a la patria.

Y todo esto era supervisado por las fuerzas de seguridad, los funcionarios públicos, los docentes, en fin, por toda la estructura estatal. Resulta difícil creer hoy día que los recursos oficiales fueran destinados a sostener una fantochada semejante, pero ese fue el sello de los nueve años de presidencia de Perón: la pomposidad, el histrionismo y el control extremo.

La delación era moneda corriente en todos los estamentos, y alguien acusado de *no ser peronista* corría el riesgo de ser blanco de medidas perjudiciales. Trabajar en la administración pública sin el correspondiente carné partidario era imposible; mi esposa, como enfermera, fue convocada a cubrir un

puesto en Río Turbio, convocatoria de la que se retractaron ante su negativa rotunda a afiliarse al partido peronista.

Todos aquellos que pertenecían al partido se esforzaban en sobreactuar su lealtad y en alcanzar niveles obscenos de servilismo. Corroborando la afirmación expresada más arriba, el profesional que se proclamaba peronista lo hacía motivado por su arribismo. No se podía ingresar a la Escuela de Medicina de Corrientes (inaugurada en abril de 1953 en la calle Sargento Cabral, y antecedente directo de la Facultad) sin ser peronista. El gobierno nacional regalaba unos autos Mercedes Benz a los médicos cercanos al partido (muchos profesionales autoproclamados “antiperonistas” terminaron manejando estos coches).

La genuflexión predominaba.

Cuando Perón visitó Corrientes, el palco fue armado en el puerto, ya que llegaría en barco. En medio del discurso, un bicicletero al que conocía empezó a exigir a gritos una audiencia con el general, por la negativa del gobernador de atenderlo. La guardia pretoriana de Perón malinterpretó el reclamo como un insulto, y bajó del barco dispuesta a hacerle pagar la supuesta insolencia al bicicletero. Le dieron una soberana paliza, que no dejó al hombre hueso sano, todo con la policía mirando hacia otro lado. Acto seguido, el presidente y su comitiva dieron media vuelta, sin dignarse siquiera a ocupar el palco.

IV

Albergar pensamientos democráticos y antidemagógicos era peligroso en medio de un país tan estragado por la homogeneidad ideológica que pretendía, a toda costa, imponerse, y tanto mi esposa como yo lo sabíamos.

En todo momento tuve el apoyo de Olga, y siempre la reconozco como la principal artífice del progreso tanto del sanatorio como de la familia. El nuestro era un emprendimiento puramente bipartito, y nada de lo conseguido hubiese sido posible sin su buen tino y su visión empresarial. Nos complementábamos a la perfección, éramos prácticamente indivisibles. Durante las numerosas detenciones que hube de padecer, el peso de la administración del establecimiento recayó de manera exclusiva sobre sus espaldas.

Cuando recién iniciamos las funciones del sanatorio, heredamos los pacientes de la doctora Open Sumerai... y algunas cosas más que no se detallaban en el inventario. La doctora era judía, y se volcó al cristianismo con esa pasión, fervor y ortodoxia que sólo detentan los conversos. Al pasar a nuestras manos, todos los rincones- literalmente- de la construcción de robustas paredes coloniales de un metro de espesor estaban poblados de vírgenes, santos e imágenes religiosas. Mi esposa comenzó a retirarlas, y una enfermera, personal ya de la época de la anterior dueña, le dijo “Señora, mire que ya están bautizados”, creyendo que las figuras estaban siendo llevadas a la iglesia para ser bendecidas por el sacerdote. Era inusual que los lugares públicos no tuviesen al menos una imagen, y esa fue una de las primeras reformas que implementamos, antes de encarar las otras, las edificaciones: la reforma en la filosofía de la atención al paciente. El trato de muchos médicos

era de excesiva familiaridad (aún ahora lo sigue siendo, en varios casos). Esto en ocasiones produce una impresión de verticalidad que considero contraproducente. En nuestra institución abolimos el tuteo, tanto desde el personal hacia los pacientes como desde nosotros hacia el personal.

En más medio siglo de ejercicio de la profesión, jamás traté de vos a nadie en una consulta, ni en el intercambio cotidiano con enfermeras y administrativos.

Creo que, más allá de las instalaciones y las innovaciones tecnológicas, sin obviar la capacidad del cuerpo profesional, uno de los más grandes logros del sanatorio fue la imposición de una estructura ética y moral para la atención del paciente. Como ya lo dije, me dolió la salud manejada por el Estado, y en base a ese diagnóstico negativo fui moldeando el concepto de lo que quería para nuestro establecimiento.

Para que una institución sea calificada como señera debe cumplir una serie de pautas, ganarse una trayectoria en el medio y ser todo un ejemplo para las demás. Ese principio monolítico, al que siempre hemos mantenido fidelidad, es el que logró un crecimiento sostenido del prestigio y de las prestaciones del sanatorio, uno de los de más alta complejidad y más eficientes de la provincia.

V

Conservo más de siete mil quinientas historias clínicas de pacientes propias en mis archivos.

Fríamente, eso significa una estadística impresionante, pero lo más valioso es pensar que un número similar de mujeres depositaron su confianza en mí, lo que me llena de sincera satisfacción.

El registro, de todos modos, es incompleto, porque atendí a muchos pacientes más antes de adoptar el sistema de fichaje. Así que, al menos, unos cuantos centenares más debieron escaparse del cómputo.

Siempre me jacté de tener una estupenda memoria. Soy un buen fisonomista, aunque entre la legión de gente que traté a los largo de mis actividades en varias ramas, además de la medicina, a veces sucede que me cuesta otorgarle nombre y apellido a algún rostro, por más que recuerde a la perfección el lugar y las circunstancias de mi encuentro con esa persona.

Entre mis memorias guardo cientos de vivencias, anécdotas y sucesos que jalonaron de una u otra forma mi existencia. Algunas son penosas, y otras se recuerdan con una sonrisa.

El único consultorio al abrir, ya lo conté, era el mío. Entonces, pasé a atender muchos pacientes de la doctora Open Sumerai, pero otros más llegaron espontáneamente, y entre ellos gran cantidad no por afecciones que tuviesen relación con mi especialidad. Se podría decir que, en los albores de mi incipiente carrera, atendí de todo. Entre esas evocaciones que se cuentan como algo gracioso, figura una que, creo, se lleva las palmas.

Un día, una mujer trajo a mi consulta a su sobrina, de una reconocida y muy católica familia del medio.

La tía decidió llevar a la chica- hija de un joyero y en realidad ya bastante grande- a verme porque le preocupaba un atraso menstrual que le hacía temer la presencia de alguna clase de tumor. Las hice pasar, y cuando la estaba

examinando en la camilla constaté lo previsible. “Pero está embarazada de seis meses”, les dije. Demudada y pálida, la tía me preguntó: “¿Qué se puede hacer, doctor?”. “A estas alturas, nada, es muy grande. Sólo tenerlo”.

Atribulada, la chica, empleada de la Obra Social de la Provincia, me contó que era soltera, y que su familia era en extremo creyente. A las dos les aterrizzaba el impacto que produciría en sus padres un hijo ilegítimo, procreado contraviniendo las normas religiosas. “En casa me van a matar cuando se enteren”, fue la penosa conclusión de su relato.

Quince días pasaron desde esa consulta, cuando ambas volvieron. “Venimos a que le siga el embarazo”, anunció la tía.

Me sorprendió el cambio producido entre aquellas desesperadas al borde del llanto y esas mujeres tranquilas, reposadas, que venían como si nada malo hubiese mediado.

Antes de cualquier pregunta profesional, quise saber: “¿Y? ¿Qué pasó en su casa? ¿Cómo lo tomaron sus padres?”. La tía oficiaba como una suerte de portavoz, y fue ella quien me respondió.

“Bien, están contentos con su nieto”. Yo seguía curioso, y volví a interrogar: “Pero, ¿no se escandalizaron? ¿Cómo se los dijo?”

“Esa noche, no bien llegamos a casa, reuní a toda la familia porque tenía que darles una noticia importante”, comenzó a relatar, y prosiguió: “Cuando estuvieron todos en el comedor, les dije que el doctor Blugerman le había diagnosticado cáncer a mi sobrina”.

Esta vez, el perplejo, confundido y pálido era yo, que balbuceé, olvidándome de tratarla de usted: “Pero cómo les vas a decir una cosa así, si en ningún momento mencioné siquiera eso...” “Tranquilo, doctor, déjeme terminar”, me

interrumpió. “Toda la familia lloró, la madre casi se infarta, trataban de consolarla. Después de un rato de lamentarse y preguntar por qué, por qué, les dije la verdad, que solamente estaba embarazada”. El alivio de saber que no tenía una enfermedad incurable hizo que todos quedaran conformes.

No puedo más que reír por la astucia y sentido común de aquella tía protectora.

Esta anécdota sirve, también, para traer a colación algo que me acontecía muy frecuentemente por entonces. Aquel “¿Qué se puede hacer, doctor?”, funcionaba casi como un guiño, para que la respuesta fuera “un aborto”.

Casi no había día en el que no me topase con preguntas así, y a veces más directas todavía. Ya saturado de esto, un día le pregunté a Olga: “¿Tanta cara de *abortero* tengo? Los que vienen me preguntan todos los mismo, si hago abortos”.

Contra todo lo que se pensaba, jamás realicé una intervención de ese tipo, no por estar en contra del aborto- todo lo contrario, creo en la autodeterminación de la mujer sobre su cuerpo, y pienso que debería ser un derecho contemplado-, sino sencillamente porque la ley lo prohíbe.

La religión era el inconveniente más difícil de sortear cuando algunas pacientes católicas me consultaban sobre métodos anticonceptivos. El cristianismo condena las prácticas para evitar los embarazos, y era todo un tema tratar de conjugar el punto de vista médico con el de la Iglesia sin embarcarse en dilemas de una u otra parte. En tales casos, yo los derivaba a un sacerdote de la iglesia Nazareno- del cual me había enterado que recomendaba métodos que no violaban los preceptos religiosos-, para que les brindara asesoramiento.

De todos modos, el asunto de la anticoncepción entre los católicos nunca ha dejado de despertarme algunas dudas: ¿Cómo algunas parejas de devotos tuvieron nada más que cuatro o cinco hijos? ¿No mantuvieron a lo largo de su vida más que ese número de relaciones? ¿O se cuidaron las demás veces? De ser así, ¿No estaban contradiciendo la postura de la Iglesia al hacerlo?

No lo sabré jamás, pero para constatar mis dichos, no hace falta más que revisar la prole de ciertas familias destacadas en los político y social, de conocido catolicismo, de misa diaria y retiros espirituales, para darse cuenta de que no tienen todos los hijos que *deberían* tener sin el uso de anticoncepción de ningún tipo.

No tolero la farsa religiosa.

VI

En lo que es hoy el primer piso del sanatorio, y que entonces era nuestra vivienda, el ingeniero León Lifschitz me afilió al Partido Comunista. Sucedió al poco tiempo de la inauguración, en 1954, y lo recuerdo como si fuese hoy: rellené la ficha en el pasillo al que ahora da mi oficina, y que une el sector de internación con los despachos de la gerencia, entonces sólo parte de mi casa. Olga no supo nada, porque no se lo dije, pero al enterarse también se afilió.

No tardó en hacerse conocida nuestra inclinación política.

Ya hablé de los convulsionados últimos tiempos peronistas, y del estigma que pesaba sobre la izquierda.

En el mundo, la Guerra Fría dividía a los otrora aliados en la Segunda Guerra, Estados Unidos y la Unión Soviética, y en el concierto de las naciones se estaba de un lado o del otro.

El país, luego del intento fallido de la Tercera Posición de Perón, del antinorteamericanismo de su primer gobierno y del anticomunismo de siempre, viraba hacia una relajada subordinación a la hegemonía estadounidense. Esto hacía que recrudeciera la paranoia que producía el comunismo.

Mientras los Estados Unidos padecían su época de oscurantismo impulsada por el Comité de Actividades Antinorteamericanas, que perseguía implacablemente a todo aquel sospechado de tener un tufillo comunista, en nuestra pequeña Corrientes la campaña tenía características menos espectaculares y, en ocasiones, hasta risueñas: de mí se dijo en una ocasión que era un espía al servicio de la URSS.

Esa era la parte simpática.

La otra incluía médicos que para operar en el sanatorio estacionaban sus autos a varias cuadras por temor a que se los asociara conmigo, y la falta de crédito bancario.

Esta falta de crédito hacía que toda mejora en nuestro establecimiento se hiciera cuesta arriba, ya que sólo podíamos operar, financieramente, al contado rabioso.

A pulmón nos expandimos, a veces lentamente, a veces volviendo sobre nuestros pasos, pero sin detenernos. Los malabares que debíamos hacer para suplir falta de dinero con ingenio adquirían características casi épicas: el único vehículo del sanatorio era un Ford A, regalo de graduación de mi padre, al que había agregado unos soportes de metal para transportar los tubos de oxígeno

que iba a buscar a La Oxígena. La sala de partos la construí en el garaje. Por falta de ingenieros sanitarios (inexistentes entonces), y por no poder pagar un proyecto de costo astronómico, el quirófano fue diseñado por mi esposa y por mí, apilando un ladrillo sobre el otro, usando una camilla como patrón para medir las proporciones, la ubicación de las entradas y salidas, el espacio para el instrumental, los soportes y otros elementos- la camilla debía entrar, moverse en el interior y salir cómodamente-. Como hacíamos transfusiones hasta que surgieron aquí el Banco de Sangre y los transfusionistas, y los frascos no eran descartables sino de vidrio, importados de los Estados Unidos, para esterilizarlos se los debía hervir y después dejar toda la noche bajo el chorro de la canilla (una enfermera preguntó, una vez, hasta cuándo debían hervir y como le respondieron que hasta que se pongan blandos, la vieron pinchándolos con un tenedor para probarlos); buscando ahorrar tiempo y trabajo, inventé un dispositivo dotado de varios tubos conectados a otras tantas mangueras que podían lavar muchos frascos al mismo tiempo (cuando usé por primera vez uno de los nuevos frascos de transfusión al vacío, con anticoagulantes, hice la punción y... ¡pffffiiuuu!, en dos segundos se cubrió la capacidad de medio litro, porque no obstruí la salida de sangre), y que ya en desuso, durante la infancia de mis hijos, usé para llenar chupitas en épocas de carnaval.

Supervisábamos todo personalmente, y personalmente participábamos en las edificaciones.

En el fondo, un gran patio en U con parras marcaba el límite de nuestra propiedad. Allí se encontraban el lavadero y la cocina. Más allá, un espacio baldío y un depósito casi en ruinas.

Sabíamos que era menester expandirnos, pero, ¿cómo?

No disponíamos de un flujo de efectivo constante para cubrir todos los gastos que las remodelaciones nos demandaban. La única vez que un banco, el Nación, nos prestó dinero, fue para la compra de una centrífuga, y muchos años después de la inauguración.

Fue crucial el apoyo de mis padres y, sobre todo, la sagacidad comercial de Olga; donde los demás veían el obstáculo, ella sabía encontrar el sendero a la solución. Una de las tantas demostraciones de esa virtud sucedió en la época de la hiperinflación alfonsinista, en 1989. La Asociación de Clínicas necesitaba mudarse, y carecía de fondos para la adquisición de una nueva sede. Los precios se disparaban día a día, pero también los intereses bancarios. Olga me hizo ver eso, y me sugirió poner el dinero de la Asociación en un plazo fijo a cobrar en una semana. Así lo hice, y al cabo de siete días, el dinero depositado se multiplicó muchas veces, generando unos intereses que me permitieron comprar la casa sin tocar un solo peso de lo depositado.

Encarábamos todo, claro, con optimismo a prueba de balas, pero también con prudencia extrema. Cuando agregamos habitaciones, yo solía decir en broma que, en caso de fracasar como sanatorio, podríamos cambiar de rubro y abrir un *amueblado*, un motel.

De errores sacábamos, a la larga, aciertos.

Los ladrillos de vidrio eran toda una novedad, estéticamente agradables y prácticos por la luminosidad que aportaban a los ambientes. Con ellos techamos el corredor de la planta baja, cuando el primer piso todavía no estaba cubierto en su totalidad. El ingeniero que los colocó ignoraba por completo, al ser una innovación tan reciente, que no debían acomodarse uno junto al otro,

sino dejando un cierto espacio para su dilatación. A la primera lluvia, una enfermera llamó desesperada a casa- ya nos habíamos mudado a lo de mis padres- para avisar que todo estaba inundándose. Así, nos vimos obligados a levantar el tinglado que derivaría en el primer piso.

La idea en principio era construir un sanatorio circular, como los que vi en Estados Unidos, pero la falta de capital y un proyecto faraónico confeccionado por un arquitecto nos hizo desistir.

También abordábamos transacciones inmobiliarias con miras a futuros ensanchamientos.

El nombre no podía estar mejor puesto: el sanatorio era el Norte hacia el que apuntaban nuestros objetivos, era ese hijo perpetuo al que se quiere ver más grande, al que no se le suelta la mano. Casi como el niño que no despega sus brazos del mundo, mundo ideal en el que reina la paz representada por la paloma de Picasso, en una hermosa composición realizada por un artista comunista, que significa todo un espíritu de elevado idealismo. Esa composición es la que elegí como logotipo del sanatorio, y es lo primero que ven en la pared de la izquierda todos los que ingresan, antes de trasponer las puertas: un cuadro de inmaculada pureza, un abrazo de fraternidad prodigado sin discriminaciones, una alegoría de todas las buenas intenciones y el altruismo que siempre debieran estar ligadas a las ciencias médicas.

VII

En una de mis transacciones adquirí una casa por la calle Córdoba, a un pedicuro con el mismo berretín de constructor que yo, que lo llevó a construir

allí tres departamentos. Hice la compra con la intención de canjear la casa por una propiedad de Catamarca que me interesaba, de la familia Durán. La casa perteneció a su hijo, fallecido en un accidente, y estaba bastante derruida. Después funcionaría allí el servicio de tomografía TC 2000, un emprendimiento de mi yerno Manuel Iglesia en sociedad que funciona integrado al sanatorio. La actual salida de ambulancias, mejor dicho el terreno que destinamos a la salida de ambulancias, fue adquirido a un panadero de apellido Herrero.

El siguiente paso de la continua cadena de mejoras, ampliaciones y refacciones fue la puesta a punto del block quirúrgico. Construimos cuatro salas de cirugía, una sala de preparto y una de partos, la sala de urgencias y el sector de esterilización.

Decir “construimos” no es sólo en sentido figurado: Olga y yo metíamos, literalmente, las manos en el cemento para que todo saliera según nuestros deseos.

Recuerdo a un farmacéutico, del cual era cliente. La rememoración viene a cuento porque el hombre vivía levantando, derruyendo, agrandando y transformando el edificio de su local. Un día, en una visita por cuestiones de negocios, me encontré con el lugar nuevamente en obras. “¿Construyendo de nuevo?”, le pregunté. La respuesta me llegó con un gesto casi de resignación. Levantó los hombros, y con una expresión que parecía significar *qué le vamos a hacer*, me dijo: “Y qué quiere que le haga, don Leopoldo. Yo soy adicto a esto. Si no siento olor a portland no puedo vivir”.

Creo que la definición me cuadra perfectamente, pues siempre, desde su inauguración, el sanatorio siempre estuvo “en obra”, siempre el olor a portland- que se le hacía imprescindible al farmacéutico-, flotó en el aire, mezclado con

el aroma aséptico de los ámbitos dedicados a la salud, formando, de algún modo, el aroma de mi ecosistema, en el que se conjugaban mis dos pasiones: los ladrillos y la medicina. Aún hoy, cuando los años ya pesan, sigo al tanto de cada trabajo realizado en el sanatorio, por muy pequeño que sea, para despuntar el vicio de la construcción constante.

Y entre tanta edificación de grandes proporciones también hubo espacio para algunas extravagancias que acarrearón anécdotas risueñas.

Donde se encuentra la entrada principal, frente a la oficina de informes y la Administración, ubiqué una fuente con pececitos de colores. Era única en su tipo entre las instituciones de salud privadas, y ciertamente su diseño era hermoso, con mosaicos pintados y una cascada de agua cayendo constantemente por la columna, vertiéndose en el cuenco donde los peces nadaban en un ballet policromo.

Obsesivo aún en las jornadas de descanso, fui con la familia a Paso de la Patria, y nos detuvimos en la laguna Totorá. Allí me llamaron la atención los piqués, pequeños peces de vistoso plateado, a los que imaginé como el complemento perfecto de mi fuente y de mis pececitos. Capturamos muchos, e inmediatamente después de llegar los soltamos en la fuente, pensando en el efecto que causarían en la gente, con sus brillantes presencias contrastando con el agua cristalina y la paleta en movimiento de los pececitos.

Nada de eso pasó.

A la mañana siguiente, sólo quedaban los piqués como centelleantes señores de la fuente. De los demás, ni rastros. Tarde alguien me contó sobre la voracidad de los diminutos piqués, que en un santiamén se cenaron a los

primitivos habitantes de la fuente. De aquella, sólo quedan las paredes de mosaicos al costado de la sala de Radiología.

En cuestiones más serias, el nuestro fue el primer sanatorio de la provincia equipado con sala de Terapia Intensiva. También fue el primero en aplicar el suero endovenoso (antes, se colocaba en el subcutáneo de las piernas, lo que generaba en el paciente una monstruosa hinchazón). Muchísimo tiempo antes de que por ley fueran implementados los análisis de sangre a los recién nacidos, nosotros ya los realizábamos como un protocolo de rutina.

De ser un sanatorio obstétrico pasamos a ser un centro polivalente.

Esto, en parte, fue debido a la insistencia de un odontólogo, que me pedía le habilitase un consultorio. Cuando lo hice, le siguieron otros médicos.

Claro que, aun con consultorios en el establecimiento, todos ellos tenían sus reservas.

Cuando ya no era un secreto mi pertenencia al Partido Comunista, los cirujanos que venían a operar, como narré, estacionaban a varias cuadras, y varios eran reacios a internar aquí a sus pacientes. Temían a las sanciones.

Todo por la mácula que, parece, significaba en el historial acercarse a un comunista.

Un par de años después de mi vuelta, fui detenido por primera vez en Corrientes.

Silvia ya había nacido, lo mismo que Patricia, mi segunda hija.

Ahí dio inicio una seguidilla de detenciones, huidas y tareas de espionaje sobre mi persona, que a veces alcanzaban el disparate, y sobre las que me referiré a su tiempo.

Parirás sin dolor

Iván Pavlov fue un fisiólogo ruso, que ganó el Premio Nobel en 1904 por sus investigaciones sobre el funcionamiento de las glándulas digestivas.

En 1890 comenzó a ejercer como profesor de fisiología en la Academia Médica Imperial, y fue nombrado director del Departamento de Fisiología del Instituto de Medicina Experimental de San Petersburgo. Alcanzó reconocimiento por su estudio del aparato digestivo y de los jugos gástricos, que le valieron el premio de la Academia Sueca.

Hasta ahí, la información que puede encontrarse en cualquier enciclopedia. Pero a pesar de tantos méritos profesionales y académicos, el nombre del fisiólogo aparece indivisiblemente ligado a un animal: el célebre “perro de Pavlov”.

Entre 1890 y 1900, Pavlov experimentó con canes. Uno de estos experimentos consistió en introducir una cánula en la quijada de uno de ellos, cerca de de las glándulas salivales. Previamente, había acostumbrado al animal a oír una campana, que él hacía sonar, antes de darle de comer.

Pavlov corroboró que la secreción de saliva- que era recogida en un recipiente de vidrio- aumentaba al escuchar la campana, y llegó a la conclusión de que este fenómeno obedecía a causas psíquicas.

Con entrenamiento, a un determinado estímulo se llega a responder de una determinada manera de modo reflejo. Esa es, básicamente, la definición de la Ley de Reflejo Condicionado.

Grantly Dick Read, en otro punto del globo, más precisamente en Inglaterra, más precisamente en Londres, edita, casi cincuenta años después de las investigaciones de Pavlov, un libro llamado *Nacimiento sin temor, principios y práctica del parto natural*. En él se recogía el fruto de sus observaciones de partos de mujeres de distintas clases sociales.

La conclusión de Read fue que en las mujeres de clase alta el parto era vivido con una dosis traumática de sufrimiento, en parte inducido por las narraciones de otras mujeres que revivían el momento como algo doloroso y dramático, y que las madres de clase más humilde, que en sus alumbramientos eran asistidas y “preparadas” por vecinas, amigas o parientes, que trataban de relajarlas en las previas, tenían partos más rápidos y fáciles.

En ese punto Read recogió las teorías de Reflejo Condicionado de Pavlov para construir su propio postulado: estimulando a la parturienta metódicamente, preparándola para reaccionar de modo que dejase de lado el temor y se distendiera a la hora de parir, la respuesta sería un parto indoloro y sin complicaciones.

Read sostenía que “... *el dolor es el enemigo del parto, pero no su acompañante natural...*” Al conjunto de sus enseñanzas se le dio, popularmente, el nombre de *parto sin dolor*, otra de cuyas razones era “... *el temor, la tensión y el dolor son tres malestares que se oponen al orden natural, que han sido introducidos en la vida de la civilización por la ignorancia de quienes han tenido en sus manos lo concerniente a los preparativos para el parto, y al parto mismo*”.

Con el tiempo surgió la escuela de psicoprofilaxis en el parto, subdividida a su vez en otras escuelas: la rusa de Velvosky, la francesa de Lamaze y la española de Aguirre de Carcer.

Desde 1952 el Parto sin Dolor se aplicaba por ley en la Unión Soviética.

Soy un asiduo lector de revistas y libros que informan sobre los últimos avances en materia científica y técnica, y fue así que di con material referido al método. Para entonces (mediados de los cincuenta), en nuestro país ya estaba constituida la Sociedad Argentina de Psicoprofilaxis Obstétrica, a la que solicité mi incorporación de inmediato.

Años de la Cortina de Hierro y de la fiebre anticomunista, la quinta década del siglo pasado no se podría definir como propicia para la introducción en Occidente de una técnica, por muy innovadora que fuera, implementada en el bastión “rojo”. La Iglesia Católica, baluarte occidental, dio su consentimiento al parto sin dolor en 1956, después de que el papa Pío XII lo encontrara libre de condena, el 8 de enero de ese año.

Aun antes de esa fecha, ya era representante zonal de la Sociedad de Psicoprofilaxis, y venía desarrollando las clases destinadas a eliminar el temor de las futuras madres.

Los tres pilares fundamentales del método que enseñaba eran la relajación, la respiración y el pujo. Mediante láminas, charlas didácticas y prácticas en la camilla de parto, se trataba de que la embarazada llegase al momento crucial con un bagaje de información y preparación suficientes para que todo miedo se esfumara y producir de ese modo una tranquilidad que ayudase a desterrar el dolor.

Como en los experimentos pavlovianos, el ensayo permanente y la acumulación de estímulos positivos, unidos a las rutinas de relajación y respiración, culminaban en una experiencia natural y sin sufrimiento. Impartía las clases en lo que hoy día es el Salón Auditorio Pedro Blugerman del sanatorio, clases que se extendieron por más de veinte años.

Era tan intensa la actividad, tan constante el flujo de madres- quienes, debido a estar cada una en un estadio diferente de gestación, se repartían en grupos con diferentes horarios-, que sufrí un infarto del que no me percaté en su momento.

Los cursos se iniciaban a los tres meses, y se extendían hasta la entrada a la sala de parto, a la que acompañaba a las futuras madres explicándoles para qué servía cada instrumento que veían, que procedimientos utilizaríamos, recordándoles lo aprendido. “Entrar al parto sin preparación previa es como entrar a una habitación a oscuras”, solía decirles a las cursantes, y yo hacía todo lo posible para iluminarlas en tan trascendentales instantes.

Y los resultados eran excelentes: las enfermeras se sorprendían al no escuchar gritos de las parturientas.

El parto sin dolor, lamentablemente y a pesar de la aceptación que halló entre las pacientes, no tuvo eco, sin embargo, entre los demás médicos.

Es que, pese a todas las ventajas que tiene con respecto a los partos comunes, conlleva, para el profesional encargado de ponerlo en práctica, una doble responsabilidad: realizar un parto exitoso y, además, carente de sufrimiento.

Cuando la hija del doctor Raúl Romero, embarazada, me pidió le diera un curso especial, después de haber abandonado ya la enseñanza al cabo de un

cuarto de siglo, unas diez o doce parejas, pacientes de otros médicos, aprovecharon la ocasión y se inscribieron para tener un “parto sin dolor”.

Esa fue la última vez que se aplicó. No encontré nadie a quien pasarle la posta de un método que, a través de más de dos décadas, sólo benefició a las madres, que expresaban su agradecimiento verbalmente o con afectuosas notas. Archivador compulsivo de todo lo que constituye la memoria del sanatorio, guardo todo lo referido a los cursos, fotos, filmaciones y correspondencia, que atestiguan lo acertado de una práctica derivada de la teoría de un estudioso ruso, hace más de un siglo.

II

El otro motivo por el que nadie me sucedió, creo, es el enorme aumento en las estadísticas de cesáreas realizadas. Es alarmante la proliferación de partos por esta práctica, ciertamente antinatural. Lo que comenzó como una forma extraordinaria de intervención en el alumbramiento, se convirtió casi en norma en nuestros días. Hasta los familiares de la parturienta solicitan al médico la cesárea, aun tratándose de madres primerizas, ignorando que un parto por el canal normal da más seguridad.

“Una cesárea es igual a otra cesárea”, decían los norteamericanos queriendo significar la recurrencia de la operación después de la primera vez de empleada. Para desalentar cierta inclinación al beneficio económico que proporcionaba a los médicos la cesárea, en mi gestión en el Colegio Médico logré que se equiparen los honorarios de la cesárea y el parto normal. De este modo, siendo idénticas las ganancias, el profesional era libre de elegir lo

adecuado para la paciente sin condicionamientos generados por el afán de lucro.

En otro plano, más agradable, más edificante, también impuse otra cosa: la presencia del marido en la sala, algo desusado hasta ahí. Sólo los osados se atrevían a ingresar para recibir a sus hijos, un par de décadas atrás, y no era algo común. Eso sí, antes de permitirle la entrada, se advertía al padre que, en caso de desmayo por la impresión, debería arreglárselas solo, porque todos en la sala estaríamos pendientes de la mujer.

Recuerdos simpáticos de unos momentos en los que uno era partícipe de la parte más sublime de la existencia, la llegada de la vida que se renueva a sí misma.

En el folclore de los nacimientos la secuencia recurrente es la de la parturienta pujando entre alaridos, el marido y los familiares en la sala de espera estrujándose las manos por los nervios y, al final, la enfermera anunciando el sexo de la criatura. En el sanatorio subvertimos, felizmente, todos estos pasos. Primero, la madre alumbraba sin esos gritos de agonía que, supuestamente, deben proferir durante el pujo; segundo, el padre, cuando lo deseaba, asistía a la sala para acompañar a su mujer, obviando de ese modo la imagen del marido sentado y consumido por la ansiedad; y tercero, un “semáforo” avisa si el recién nacido jugará al fútbol o a las muñecas: si es varón, una luz celeste se enciende, mientras que el nacimiento de una nena es anunciado con otra luz, pero de color rosa.

En una época también fuimos la única institución privada que contaba con terapia intensiva en neonatología, pero cuando el ritmo de los partos se redujo,

al ir expandiéndonos a otras disciplinas fuera de la obstetricia, debimos suspenderlo.

III

No dejo de informarme. No dejo de estar conectado con la realidad del mundo y de nuestro país, que a veces es acuciante. La tasa de mortalidad materna, por caso, es algo que podría reducirse perfectamente si existiese una preocupación gubernamental legítima al respecto. La incidencia de infecciones durante el posparto que desemboca en algo tan penoso no es debida a factores incontrolables. Como un viejo batallador de la medicina en el terreno de la ginecología y la obstetricia, siempre estuve pendiente de y permeable a todas las innovaciones que redundaran en la excelencia.

Después de dilatar el cuello del útero, una zona séptica, el médico debía cambiarse los guantes para seguir operando. Se me ocurrió la colocación de dos pares de guantes para que, una vez concluida la dilatación, no hubiera que realizar otra maniobra más que la de descarte del primer par, ahorrando un tiempo precioso.

La anécdota quizás parezca nimia, pero quiero graficar que siempre es posible mejorar, aún desde los detalles en apariencia más insignificantes. Si desde mi humilde puesto siempre busqué la vanguardia y la superación, con recursos eternamente acotados, ¿cómo el Estado, con un caudal vastísimo de posibilidades, no es capaz de acometer una mejora drástica de la salud pública? El presupuesto manejado por el Ministerio es suficiente para tener una

medicina de alta calidad. Los fondos no son escasos, pero se pierden por el camino.

Es triste constatar, a mis años, que la salud nunca ha sido tomada muy en cuenta. Evidentemente, trabajar sobre la enfermedad es más rentable.

Pero, más allá de todo esto- una asignatura pendiente para los que vendrán a posteriori-, debo decir que el fruto de tantos años de carrera es más que satisfactorio.

En algún lugar entre esas más de siete mil quinientas fichas, entre esos registros de los cursos, entre esos agradecimientos, entre esas fotos en blanco y negro de pacientes sonrientes, descansa, resguardado y protegido por el afecto que supe cosechar gracias al buen desempeño y al celo depositado en la profesión, el tesoro invaluable de la satisfacción que otorga el deber cumplido.

La política

Rojo, hoz y martillo

Afiliarse al Partido Comunista cincuenta años atrás era un acto de voluntad que no traía consigo ningún tipo de beneficio en lo que respecta al ejercicio profesional de la política. El PC es un partido minoritario, que casi nunca alcanzó una representatividad dirigenal importante. Se era del PC porque se sentía y se estaba convencido, no para asegurarse algún puesto de gobierno u obtener rédito económico (todo lo contrario, clausuraba las puertas de las instituciones públicas: en un llamado a concurso para cubrir un puesto en Salud Pública de la Nación, cuya sede local estaba ubicada al lado del actual Banco de Sangre, anularon la convocatoria, en la que yo era el candidato más firme, para no dejar asumir a alguien con mis antecedentes políticos).

Cuando completé la ficha, llevada por León Lifschitz, lo sabía. A lo largo de tanto tiempo de militancia dentro del partido, rechacé sistemáticamente todas las propuestas de candidaturas o de ocupar algún puesto orgánico. La política siempre la ejercí desde el llano, desde la participación activa como base.

Era casi heroico pertenecer a la izquierda, como ya recalqué reiteradas veces. Era un partido proscrito, mal visto, con una carga de leyendas negras pesando sobre él. Arriesgarse a ser comunista implicaba grandes riesgos, tanto en lo personal como en lo económico. Mi primo *Leoncho* Lifschitz, por ejemplo, era un caso emblemático y un personaje pintoresco que sintetizaba en sí mismo la esencia de la adhesión al partido. Ingeniero químico, nunca ejerció su profesión (la carrera de ingeniería química, que considero más difícil que la de

Medicina, es un caso particular, ya que en los cincuenta en Corrientes existían solamente cinco ingenieros... que tampoco ejercieron en toda su vida). Eterno habitué de comisarías y calabozos, tenía a mano una valija, con la ropa necesaria para la permanencia tras las rejas, siempre empacada. Cada vez que era detenido, no tenía más que echar mano de su equipaje.

Aunque no hacía pública mi filiación, y no hablé jamás de política con ningún paciente, considerando que la ideología y la medicina eran incongruentes en determinados ámbitos, no pasó demasiado tiempo hasta que fuese conocida mi ideología.

Solapadamente, la presión se ejercía sobre nosotros o nuestros allegados. Del mismo modo en que los médicos temían operar en el sanatorio y que los vieses, o que el crédito bancario a comunistas estuviera restringido por considerarse una “inversión de riesgo” - pese a que papá era accionista del Banco Popular-, también tuve aquí mi cuota de detenciones, de las que creí estar a salvo después de Rosario. Los engranajes de la inteligencia comenzaron a ponerse en marcha de manera inadvertida, y la confirmación me llegó por el esposo de una paciente.

La mujer se estaba tratando por la Obra Social de la Nación, hacía tiempo ya. Un día, el marido me llamó en un aparte, y me preguntó a bocajarro: “Doctor, ¿usted es comunista?” La prudencia, además del principio de no llevar la política al ámbito de atención, me aconsejó negárselo. “No. ¿Por qué me lo pregunta?”, respondí, inquiriendo a la vez.

“Usted ya habrá visto que nuestra obra social es nacional, pero no sabe a qué me dedico, y no se enterará por otro lado”, me dijo. “Yo soy de la SIDE, y de ahí salieron órdenes de seguir a un doctor Blugerman, que es comunista.

Anduvieron atrás de Abraham y no le encontraron nada, pero ahora lo están siguiendo a usted. Se va a dar cuenta, cuando salga, de que va estar en la esquina un tipo... (me dio la descripción), y a la noche otro... Cuídese”.

No hace falta contar que, en el tiempo que duró el seguimiento de los dos hombres, que no me desamparaban de día ni de noche, mi único recorrido era de casa al trabajo y del trabajo a casa, parafraseando a alguien muy conocido.

A ese dato siguieron los allanamientos. Buscaban material de difusión o propaganda del partido, folletos, volantes, que no encontraban. En uno de esos allanamientos, le pedí la orden del juez al que conducía el operativo. “No tenemos, estamos en estado de sitio”, me dijo.

La paranoia que se desataba estaba influida principalmente por un exceso de películas americanas, en las que siempre el villano era un comunista, y producía situaciones hilarantes. La policía creía hallarse en una superproducción de espías confabulados para dominar el mundo, y obraba en consecuencia.

En una de esas disparatadas requisas, en la casa de la doctora Presman, la apoderada legal del partido, encontraron un objeto sospechoso, que comenzaron a examinar de lejos, sin tocarlo, con la máxima prudencia. Se acercaban, miraban, conjeturaban, pero a la distancia. La posibilidad de que fuera una bomba hacía sudar frío a los policías. Debían tener un revoltijo de sensaciones. Si era un explosivo- por la forma, parecía una granada-, la misión encomendada sería un éxito, pero si fuera en verdad uno el peligro asustaba. Al cabo de dudas, prudentes análisis y elaboración de teorías, un reconocimiento minucioso reveló la verdad: la bomba era... una palta podrida (otra situación risueña también tuvo como protagonista a la abogada: desde

Goya, una llamada la alertó: “¡Metieron presos a Lenin y Stalin!” “Sí, y también a Trotsky y Mao”, replicó colgando el teléfono. Pero no era una broma, sino la pura verdad. Lenin y Stalin, los hijos de un panadero anarquista del pueblo que había bautizado a sus otros hijos con nombres como Independencia y Libertad, estaban presos y necesitaban de sus servicios).

La rutina era golpear la puerta, identificarse, dar vuelta la casa patas para arriba, no encontrar nada y arrestarme. El protocolo cambiaba sólo a veces, cuando me escapaba por los techos o como pudiera. Un subteniente una vez, durante un allanamiento del ejército, al abrir el armario y encontrar mi ropa y la de un cuñado que estaba de mudanza y dejó sus cosas en casa, se ofendió ante lo que le pareció una ostentación aberrante. Le pregunté qué buscaban entonces y el subteniente, indignado, me respondió: “¡Quédese en sus trajes, doctor!”, como queriendo decir *¡oligarca de mierda, que bien te va!*

Pasado el tiempo, ese subteniente internó a su hijo en el sanatorio.

Cuando el Partido nos daba directivas de no entregarnos, huía saltando techos y muros, y en una de esas fugas debí viajar escondido en el baúl de un auto hasta una quinta cerca de San Cosme. Confiado en guardar mi anonimato, no me hacía ver para que los vecinos no supieran que había alguien oculto allí. Que ingenuo. A los tres días de los quince que permanecí en la quinta, ya todos sabían quien era y porqué estaba habitando la casa.

Las ocasiones en las que no escapaba, recorría las comisarías detenido: la Cuarta, la Central, la Primera.

Casualmente, en esta última tuve una estancia bastante prolongada, y tuvieron la deferencia de armarme una habitación. Al menos, tuve esa suerte.

Allí ocurrió algo que revelo por primera vez en estas páginas, y de lo que ni siquiera está enterado la consecuencia de ese acto: engendramos a mi hijo.

Sí, en una de las visitas de mi esposa, quedó embarazada. Haciendo los cálculos, todo concordaba. La “consecuencia”, por supuesto, fue Guillermo, que se debe estar enterando ahora de las circunstancias de su gestación. Era 1957, año del lanzamiento del primer satélite artificial ruso, puesto en órbita en octubre. Como Guillermo nació en noviembre, su apodo durante toda la infancia fue *Sputnik*, igual que el satélite.

II

Un año después, en 1958, Arturo Frondizi asumía la presidencia de la república, sucediendo al general Aramburu, presidente provisional hasta esa fecha. Aramburu, a su vez, tomó el poder en 1955, en reemplazo del general Lonardi, quien al frente de la Revolución Libertadora derrocó a Perón en septiembre. Después del golpe, Perón comenzó un exilio que duró casi veinte años, iniciado en Paraguay y concluido en Madrid. En el intermedio del mismo, Perón y Frondizi firmaron un pacto en 1958 en el que Frondizi se comprometía a restablecer las conquistas sociales, económicas y políticas peronistas, además de reconocer la legitimidad del Partido Justicialista y otorgar una amnistía general (después del golpe, se prohibió nombrar a Perón, y el partido estaba proscrito). A cambio, Perón dio directivas, desde la distancia, de votar a la fórmula Frondizi- Gómez, candidatos de la UCRI, Unión Cívica Radical Intransigente.

Con casi el cuarenta y cinco por ciento de los votos, la UCRI se impuso sobre la UCRP, la Unión Cívica Radical del Pueblo, encabezada por Ricardo Balbín.

En Corrientes gobernaba Piragine Niveyro, quien por decreto me nombró médico de guardia y jefe de Clínica del Servicio de Maternidad del recientemente inaugurado Hospital Coni. En el acto de toma de mis funciones, el ministro de Salud de la provincia, el doctor Salas, se refirió a mí en su discurso como “un perseguido de siempre”.

Ese fue el segundo cargo de los dos únicos que tuve en la faz estatal. En el Coni, tuvimos importantes logros con mi equipo, como la primera exanguíneo transfusión a un recién nacido RH positivo sensibilizado que se efectuó en la provincia. Simultáneamente, seguía en el Juana Francisca Cabral. Curiosamente, fui destituido de los dos en el mismo día.

III

No puedo faltar a la verdad diciendo que en alguna de las veces en las que fui arrestado haya sufrido malos tratos o vejaciones. En realidad, en todas las ocasiones la policía me dispensó un trato amable, y nunca fui sometido a castigo corporal. Es más, no tengo sumario iniciado, porque siempre estaba a disposición del Poder Ejecutivo.

Esporádicamente, alguien creía ver una contradicción en mi militancia comunista y mi actividad empresarial, y siempre respondía- respondo- de la misma manera: la única diferencia entre un obrero comunista, que arriesgaba su vida y su libertad, y yo, era que yo arriesgaba mi vida, mi libertad y mi

capital. No digo que haya llegado al punto de poder perder la vida, porque no fue así, pero se debió sólo a una cuestión de buena fortuna.

Buena fortuna que algunos no compartían, porque pasaron por la sala de torturas que la policía tenía habilitada para sus interrogatorios en una casona frente a la facultad de abogacía. Allí, un médico, Otto Whitman, controlaba que las víctimas estuvieran en condiciones de seguir siendo picaneadas. Un célebre verdugo de esa época era “Pipiri” Fages, quien torturó con colillas de cigarrillos a León Lifschitz. Ese fue un antecedente de lo que sería habitual en años más difíciles, años de botas en el poder. Cuando secuestraron a Ungué Ferreyra, conocí el verdadero significado de la expresión “zona liberada”. Un camión del ejército lo persiguió, y para huir de ellos, tomó una calle a contramano, hasta que perdió el control de su coche y chocó. Del camión bajaron soldados que lo bajaron del auto, lo detuvieron y se lo llevaron con rumbo desconocido. Todo eso en la vía pública, de día, vía pública en la que, cosa que me pareció rara, no había un alma, un vehículo, un transeúnte que pudiera ser testigo de la detención ilegal.

Era, literalmente, una zona liberada con antelación por el ejército.

No sé si muchas de estas cosas se hicieron públicas, pero como repetí varias veces a lo largo de estas páginas, Corrientes nunca dejó de ser una provincia conservadora, y para colmo de memoria frágil. De otro modo no se explica cómo Navajas Artaza, un reconocido defensor de la Dictadura y funcionario de la misma, amén de contumaz defensor de la época negra de la Argentina, se declare ahora demócrata progresista. Don Lisandro de la Torre habrá dado varias vueltas en su tumba, con ganas de pegarse un tiro de nuevo, al enterarse del viraje de alguien que, en 2005, no dudó en declarar en una

entrevista radial que “... *estamos en democracia porque la dictadura militar derrotó a la subversión*”.

Palabras textuales e indignantes de alguien en cuyo establecimiento yerbatero, Las Marías, desapareció un trabajador sindicalizado, en 1977, y que fundó un partido que aglutina a peronistas y demócratas, que él no defendió siendo ministro de Acción Social del Proceso de Reorganización Nacional.

Las guerras de *Luli* Gómez

“Polito, te voy a dar una mala noticia: acabo de firmar tu cesantía”.

Ese fue el recibimiento de Luis María *Luli* Gómez cuando ingresé al despacho que ocupaba como ministro de Salud Pública, el 11 de mayo de 1962.

Fronzizi había caído en marzo, derrocado por las fuerzas armadas, y de un plumazo yo quedé afuera de mis dos cargos públicos, el de médico agregado de sala en el Juana Francisca Cabral y el de médico interno y jefe de Clínica de Maternidad en el Coni.

La secuencia de hechos que desembocó en ese llamado del por entonces ministro provincial fue una seguidilla de malentendidos e inquinas políticas.

En pleno auge de la poliomielitis, que se cebaba en los niños, el Hospital Vidal concentraba la totalidad de los pulmotores existentes en la provincia. A la caída de Fronzizi, una intervención federal- una de las diecisiete que soportó Corrientes a lo largo de su historia- desplazó del gobierno a Piragine Niveyro.

En una visita al nosocomio, acompañado por Gómez, Fait, el interventor provincial, visitó en su oficina a la doctora Vani, su directora, que prosiguió ocupada en sus papeles sin prestar demasiada atención a los dos funcionarios. En ese mismo momento, le trajeron el almuerzo a la doctora. “¿Eso comen los chicos?”, preguntó el interventor. Sin levantar la vista de su escritorio la doctora, de fuerte carácter y poco apego al servilismo, le contestó: “Sí, señor. Esa porquería comen los chicos”.

Al retirarse, Fait le comentó a Gómez: “Pero esta mujer está loca o es comunista”. Fue la inspiración genial para Gómez que, sabedor de que no podía despedirla por trastornada por la sencilla razón de que era una profesional juiciosa y eficiente, la dejó cesante por comunista. En la volteada, también caí yo, uno de los dos únicos médicos- junto a Tulio Altamirano- comunista confeso. Me cesantearon sin sumario, en un procedimiento viciado de todas las irregularidades existentes. Cuando planteé el caso en la Comisión Directiva del Colegio Médico, la sanción que le impusieron a Luli fue extremadamente leve, tanto que ni siquiera se percató. También dispuso que los dos cargos que me fueron quitados no se cubrieran, pero, hecha la ley hecha la trampa, a la larga en el Ministerio crearon dos puestos con funciones equivalentes pero distintas denominaciones.

Mucho tiempo batallé tratando de lograr mi reincorporación, pero desistí al ver lo infructuoso de mis intentos.

Mucha gente pasa a la posteridad con sus apodos, que llegan a ser más reconocidos que los propios nombres. Ese es el caso de Luli. Quién haya tenido la desgracia de padecerlo como funcionario público en alguno de los innumerables puestos que detentó en prácticamente todos los gobiernos antidemocráticos de la provincia, no olvidará fácilmente ese alias. Irreprochable médico, era uno de los más renombrados neumonólogos del país, y realizaba periódicos viajes a Checoslovaquia para profundizar su especialización y estar al día con los últimos adelantos de su especialidad.

Pero su calidad de eminencia en lo profesional no se trasladaba a su desempeño de tareas estatales. Sus gestiones (la mayoría de las veces en puestos donde estaba en el manejo de fondos suculentos) se podrían definir,

siendo amables, como nefastas. Dejarlo a cargo de alguna caja era como poner a un lobo de pastor, porque sus saqueos a las arcas públicas eran fenomenales. La leyenda dice que en sus estancias los corrales de las vacas tenían aire acondicionado. La coima estaba a la orden del día en cualquier tarea que le fuera asignada.

El episodio de mi cesantía fue el primero de unos cuantos encontronazos con Luli. Se podría decir que ese fue el primer round de mi disputa personal con el neumonólogo, que tendría todavía otro capítulo, el más desastroso de su historia.

Y la de la capital correntina.

Contumaz y pendenciero, Luli tenía, pese a todo, amigos poderosos e influyentes, y era casi una figura obligada en cuanto gobierno anticonstitucional aterrizara en la provincia.

En 1978 Videla seguía en el poder y, del otro lado de la Cordillera, su colega, el dictador chileno Augusto Pinochet, reclamaba para su país la soberanía sobre la jurisdicción del canal de Beagle. Sólo una mediación papal evitó que el asunto desembocara en un conflicto bélico.

Corrientes estaba bajo la férula del general Luis Carlos Gómez Centurión, y el municipio capitalino era conducido por... Luli Gómez. Allí promulgó una serie de reglamentaciones insólitas, como las que prohibían circular con el torso desnudo o tomar mate en la vía pública. Sus suegros, que vivían por Yrigoyen entre Catamarca y San Lorenzo, querían reformar su casa, pero las ordenanzas municipales lo impedían, por hallarse la vivienda dentro del casco histórico de la ciudad. Presto, el intendente dictó una ordenanza derogando la

ley, y durante la misma noche de la firma de la abolición las topadoras arrasaron la casa para permitir las refacciones pretendidas.

Los comercios sufrieron el ensañamiento del sanguíneo Luli, que repartió clausuras a diestra y siniestra, con los motivos más delirantes. En esa avalancha de clausuras, también cayó el sanatorio.

Hojeando un expediente, Luli se encontró con que nuestro establecimiento no presentó los planos exigidos. La medida fue inmediata: clausuraron el sanatorio y nos dieron cinco días para desalojar a los pacientes.

Desahuciado, estuve a punto de bajar los brazos y dejar que mi encarnizado rival tuviera su victoria. “Dejá que clausuren”, le dije a mi esposa. Indignada, ella me dio la bofetada que me era necesaria reaccionar: “¡Cómo vas a aceptar que este inmoral tome una medida así!”, me gritó. Al día siguiente fui a consultar al doctor Benchetrit Medina, un abogado, que ni bien concluida mi exposición me preguntó: “Usted, ¿tiene antecedentes?” “No, sólo soy comunista”, fue mi respuesta.

Era famoso el carácter irascible del intendente de facto, y como primera medida, Benchetrit Medina me sugirió sacar una solicitada en los diarios en la que explicase al detalle la arbitrariedad que se estaba cometiendo. Lo hice, y como respuesta, la edición del día siguiente trajo una diatriba de una página entera en la que Luli se despachaba contra mí de todas las formas posibles. Más tarde, me enteré que pasó toda la noche en su oficina redactando su respuesta de puño y letra. La diferencia es que mi solicitada la pagué de mi bolsillo, y la suya fue solventada con dinero de los contribuyentes.

Los hechos tomaron estado público hasta en el plano nacional, ya que los diarios capitalinos dieron cuenta de lo inaudito de una clausura a un centro de

salud, y del disparate de desalojar a los enfermos. Hasta fuimos noticia, en inglés, en el Buenos Aires Herald.

La justicia, finalmente, revocó la medida, al hallarse que la documentación exigida se hallaba en la carpeta del expediente que estuvo revisando. De no haber sido tan apresurado y continuar hasta el final, se habría dado cuenta de ello. Por esto, se agarró a trompadas con el secretario privado de la Municipalidad, acusándolo de ineficiente por no haberle informado que los planos estaban encarpados.

Además de la del sanatorio, otra clausura famosa fue la del cine San Martín, ubicado por la avenida 3 de Abril.

Todos estos descalabros produjeron que le exigiesen la renuncia a Gómez, quien partió dejando al Municipio en el rojo total. Su sucesor, el ingeniero químico Gómez Vara, a los pocos días de asumir me citó para rogarme que no entablara acciones legales contra la Comuna, porque sería la ruina total. Aunque yo accedí, el propietario del cine no quiso dejar todo en la nada, y le ganó a la Municipalidad un juicio millonario cuyos intereses se deben seguir pagando hasta hoy día.

Pero lejos de condenarlo al ostracismo, su historial parecía generarle nuevas oportunidades, gracias a sus relaciones de peso.

La Comisión Directiva de la Federación Médica de Corrientes lo nombró gerente. Ya se sabía el resultado de la suma Luli más administración de fondos.

Avizorando lo que vendría, pedí a Raúl Romero que me acompañase al nombramiento. En medio de la ceremonia, solicité su impugnación, y para ello contaba con el apoyo de todo el Colegio Médico. La decisión estaba en manos

del doctor Saiach, que envió los antecedentes que fundamentaban la impugnación a los cinco distritos que conformaban la Federación. Por un voto de diferencia, fue aceptada.

II

Pero ahí, todavía, no se terminaron las andanzas del inefable Luli.

Uno de sus incontables amigos lo colocó en Salud Pública de la Nación en un puesto donde tenía a su cargo la autorización de nuevos medicamentos.

Para que un medicamento fuera aprobado, cuando todavía no existía la ley de genéricos, este debía cumplir una serie de requisitos: poseer una mejora comprobable de la fórmula con respecto al medicamento en plaza, mejor precio, etcétera. Muchas veces, los laboratorios únicamente cambiaban los nombres a una fórmula ya existente para su aceptación, previo soborno, claro, al funcionario encargado.

En una charla, el jefe de visitantes médicos de un laboratorio se agarró la cabeza y me dijo: “¡Doctor, que nos mandaron! Antes, autorizar un medicamento nos costaba un auto, un departamento, un viaje a Europa. Éste hace un cálculo de las ganancias que podemos tener y nos pide que le depositemos un porcentaje en Europa”.

Así era Luli Gómez, un intendente que muchos recuerdan pero no por buenas razones.

Lo último que supe de su vida laboral fue que trabajaba en como directivo de uno de los laboratorios a los que favoreció en Centroamérica.

Hoy, está de vuelta en Corrientes.

Viaje al otro lado de la Cortina

En 1970, tuvimos con Olga un dilema: cambiar el vetusto Ford A “multipropósito” por un auto más nuevo o aceptar una invitación de la Unión Soviética para una excursión científica.

Optamos por el viaje.

Viajamos con otros médicos, educadores y obreros, en una expedición que, más que científica, era política. Los veintiocho días planeados se extendieron a tres meses.

De toda la delegación, Olga y yo fuimos los más jóvenes, y un médico de Misiones, secretario del PC, ofició como nuestro Cicerón, y prácticamente nos adoptó. Tanto él como su esposa eran cultísimos, y alquilamos un auto con el que recorrimos toda Europa, con el matrimonio como insuperables guías.

En Polonia nos brindaron una recepción oficial, que no esperábamos. Presentados como “los médicos venidos desde lejos en un viaje histórico”, desentonamos con nuestras ropas de turista en un ambiente estatal que nos dispensaba un honor enorme sin aviso.

También en Polonia conocí Auschwitz.

Ubicado en las afueras de Varsovia, el campo de exterminio no dista mucho de la capital polaca.

A medida que los aliados penetraban en el centro de Europa, los nazis, para borrar todas las pruebas de sus crímenes, fueron demoliendo los campos de concentración y exterminio ubicados en los territorios que todavía

permanecían en su poder. En Alemania, prácticamente, no queda ninguno (en otro viaje a Europa, diez años después y con toda la familia, tratamos de conocer Dachau, cerca de Munich, y además de ser reacios a darnos su ubicación exacta, los alemanes habían levantado un monumento en el terreno de las prisiones), pero Auschwitz permanece como congelado en el tiempo. Lo que no destruyeron las cargas colocadas por el ejército nazi, se erige incólume como un monstruo de otras épocas, tal como lo conocieron los miles de judíos que terminaron sus días allí.

Sobre el portón de ingreso, una leyenda escrita en caracteres de hierro: “El trabajo los hará libres”.

Dentro, las cámaras, los hornos, los galpones donde las pertenencias de las víctimas se amontonan sin concierto: dentaduras, peines, anteojos, zapatos, sotanas (no sólo asesinaron judíos en Auschwitz).

Todo intacto, todo como lo abandonaron los carceleros en su huida.

Subimos al micro que nos trasladó hasta ese lugar en un profundo silencio, que se extendió por un lapso indefinido de tiempo, hasta que una voz reflexionó en voz alta: “Esto es una afrenta a la Humanidad, habría que pasarle la topadora”. Era el doctor Nosiglia, dueño de una clínica en Misiones y padre del que luego sería funcionario radical. Era una expresión de indignación ante lo aberrante de una maquinaria letal como Auschwitz.

Nuestro guía era un médico polaco que combatió en la Guerra Civil contra el franquismo, y que estaba casado con una española. El hombre hablaba el castellano perfectamente, y en perfecto castellano y lleno de cólera le respondió a Nosiglia: “Yo perdí a toda mi familia acá, y lo vamos a conservar

para que vean lo que fue el nazismo, para que vean lo peligroso que es que Alemania se rearme”.

II

Finalmente, llegamos a la Unión Soviética. Gobernada entonces por Leonid Breznev, la URSS no era, en aquellos tiempos de división mundial, muy abierta con los extranjeros.

Pero nosotros fuimos recibidos de manera espléndida, y nos permitían el acceso a lugares vedados al público, como el Kremlin y el mausoleo de Lenin. Nos consideraban camaradas venidos desde un lugar remoto- cosa que era cierta-, y nos trataban como eminencias, acogiéndonos con gran hospitalidad.

De ese modo, hicimos pie en el lugar donde se originó todo, donde se torció la historia del siglo veinte después de la revolución de 1917.

Lo gremial

El Colegio Médico

Juan Ingalinella fue un reconocido y estimado pediatra rosarino.

También era dirigente del Partido Comunista de Santa Fe.

Además de médico, Ingalinella era un filántropo: no cobraba las consultas, y regalaba medicamentos a los pacientes más necesitados. Atendía ad honorem en el Hospital de Niños de Rosario y era querido y respetado.

Pero era comunista.

Tenía una montaña de procesos por desacato, resistencia a la autoridad y demás yerbas. Cumpliendo el sino del comunista de aquella época, entraba y salía de arrestos, padecía averiguaciones de antecedentes, se resignaba a allanamientos...

Conocí a Ingalinella cuando estudiaba en la Universidad del Litoral. Él ya era un profesional hecho, bastante mayor que yo, pero trabajamos buenas relaciones. Para esa época, ya habían comenzado a rodar los hechos que culminarían en su muerte.

Como dije, Castillo declaró ilegal al PC en 1943. En 1944, la policía rosarina detuvo y torturó a tres comunistas. Ingalinella tenía una pequeña imprenta, en la que imprimió unos volantes en los que daba cuenta del suceso y dio a conocer los nombres de los tres torturadores, tres oficiales de apellido Monzón, Lozón y Barrera.

Cuando, el 16 de junio de 1955 la fuerza aérea bombardeó la Plaza de Mayo intentando el derrocamiento de Perón, el PC de Rosario editó un texto,

Unidad popular contra el golpe oligárquico imperialista, una declaración que se distribuyó entre la gente. El jefe de policía comenzó una caza de comunistas que alcanzó a Ingalinella el 17 de junio, cuando fue detenido y torturado hasta morir por policías, entre los que se encontraba Lozón.

Como acto de repudio, la Federación Médica dispuso un paro nacional de profesionales por veinticuatro horas. Yo estaba al tanto de los hechos porque constantemente recibía material, tanto gremial como del partido, y me aboqué a la tarea de acopiar firmas que adhiriesen a la medida de protesta.

Recorrí casa por casa, encontrándome en todos los casos con la misma negativa a rubricar la adhesión. Parecía destinado al fracaso, cuando se me ocurrió una idea: conseguir las firmas de los principales y más reconocidos médicos. Visité a los doctores Nicolini, Sussini y Armando Romero, quienes me brindaron su apoyo. Al ver los nombres de esas tres instituciones de la medicina, los colegas no tardaron en estampar su firma en el documento, que dejé en el Sanatorio del Litoral para quien estuviese interesado.

Entre tanto ir y venir, pensé en lo necesaria que era una entidad gremial que aglutinara a los doctores de la provincia. Estábamos indefensos ante avasallamientos de todo tipo, por no tener un cuerpo que tuviese capacidad de acción no sólo profesional sino también gremial y política. Para ilustrar este estado de cosas, basta recordar que la libre elección de profesionales dentro de las obras sociales era algo inexistente. Cada obra social tenía “su” médico, con el que el paciente debía terminar sí o sí. Así, la bolsa de trabajo era acaparada por unos pocos que no ampliaban el reparto a sus colegas.

Desprotegidos y sin fuerza que los defendiese corporativamente, los doctores sólo podían optar por la Asociación Médica o la Sociedad de Cirugía,

ambas con fines exclusivamente científicos, y en las que estaba prohibido hablar de política.

Lo primero era encontrar a un hombre intachable tanto profesional como moralmente, para proponerle la conducción. Estaba convencido de que el indicado era Manuel Chervin, un oculista democrático y honesto, de historial impecable, y le lancé la propuesta, que acogió con entusiasmo.

En el Sanatorio del Litoral se llevó a cabo la primera reunión del futuro Colegio Médico, reunión en la que se definió la comisión redactora del estatuto. Fui elegido secretario de prensa. Convenimos en que un cargo demasiado visible, en esa instancia, sería nocivo por mi extracción política, y que no era conveniente que le colgasen a la comisión el sambenito de agrupación comunista. En esa función, me encargué de marcar públicamente la posición de nuestra comisión ante hechos como la represión a unos estudiantes de medicina paraguayos.

Un año y medio demandó la redacción estatutaria, al final del cual se constituyó la Comisión Directiva.

Así fue creado el Colegio Médico.

La presidencia recayó en Manuel Chervin. Mi cargo fue ocupado por el doctor D`Andrea.

A mí no me fue asignada función alguna.

Al final de la reunión, Chervin se ofreció a llevarme a casa. En el auto, me dijo: "Polito, yo te debo una explicación. Yo sé que vos vas a seguir trabajando y aportando al Colegio, pero hubo resistencia a tu nombramiento. Dicen que vos recibís órdenes de Moscú".

Algún tiempo después, me enteré de la verdad: fue el propio Chervin quien se opuso a mi nombramiento.

Socio fundador, sólo luego de más de cincuenta años fui designado en el Tribunal de Ética del Colegio, porque a pesar de trabajar para él constantemente, nunca tuve un cargo en la Comisión Directiva. Como veía la reticencia que generaban mis propuestas, optaba por transmitir las al doctor Armando Romero, quien las presentaba para su aprobación. Pero así y todo, el Colegio siempre fue solidario conmigo. Durante la presidencia de Folguera, en una de mis detenciones, publicó un comunicado oponiéndose a mi arresto, aunque no especificaba que este se produjo no por causas ligadas al ejercicio de la profesión o de la administración del sanatorio, sino políticas. Para enfatizar este punto, y que no se prestara a malentendidos entre los pacientes, aclaré en los diarios los motivos de la detención.

Únicamente, dejé de concurrir a las reuniones durante una etapa negra de la entidad: la presidencia del doctor Eduardo Billinghurst. Entonces, estas se hacían frente al sanatorio, en la biblioteca popular. Cuando terminaron en el uso de la palabra Billinghurst, que asumió en 1971, tomó la posta para apostrofar a sus colegas: "Tendríamos que comprar un boludómetro, para medir todas las boludeces que ustedes dicen". Nadie le respondió. Ninguna voz se alzó para oponerse a tal falta de respeto. Yo me levanté y nunca volví a concurrir a una asamblea durante los casi diez tenebrosos años en que rigió al Colegio a piacere.

Billinghurst era siniestro. No se llamó nunca a elecciones en su mandato, porque se encargaba de desalentar a sus potenciales opositores con extorsiones y presión. Tenía una libreta en la que tenía anotado el historial de

todos los médicos que componían el Colegio; personalmente lo confirmé cuando la abrió en mi presencia para recriminarme que durante un período no había firmado mi entrada en el Coni. Le hice notar que estaba de licencia por enfermedad.

Cada paso en falso dado alguna vez por un colega estaba registrado en los archivos de Billinghamurst, que parecía manejar una especie de Gestapo encargada de recopilar elementos incriminatorios. Una vez propuso invalidar a todos los médicos que no tuviesen el doctorado. La mayoría de los egresados de la Universidad del Litoral no contábamos con él, porque se otorgaba sólo a aquellos que presentaran una tesis al final de la carrera. Nuestro título nos acreditaba como médicos cirujanos, ya que las únicas universidades de las que se egresaba como doctor eran la de Buenos Aires y la de Córdoba.

Era una forma solapada de desplazar a sus detractores, ya que, antidemocrático como era, quería descabezar a la única fracción que se le oponía: la de Armando Romero que, “casualmente”, no contaba con el doctorado, lo mismo que yo. Por suerte, la iniciativa no prosperó.

Eran antológicas las disputas entre Romero y el presidente, en las que los dos se decían de todo. Romero, excelente orador y muy inteligente, era siempre la nota de discordia en los monólogos de Billinghamurst. Para irritarlo, antes de cederle el uso de la palabra, lo presentaba como *Carmelo Romero*, usando su segundo nombre, que no le gustaba.

Otro de sus artilugios era la impresión de escritos injuriosos en la imprenta del Colegio, en los que se encargaba de enlodar a todos aquellos que por algún motivo no le cayeran en gracia.

II

El Colegio subvirtió en gran parte el marco caótico en el que los médicos desarrollaban sus relaciones con el Estado, terreno en el que actuaban siempre en inferioridad de condiciones. Se concretó la libre elección del profesional, el cobro centralizado, se erigió la Casa del Médico.

A partir de entonces, el cuerpo profesional tuvo un respaldo sólido para actuar en la faz política, que antes era inexistente.

La Asociación de Clínicas

Transcurrido el tiempo, los representantes de instituciones privadas de salud nos dimos cuenta de la necesidad de agruparnos independientemente del Colegio, para fomentar la unidad, colaborar con los demás organismos y crear fuentes de trabajo para los socios.

El 25 de agosto de 1978, el mismo año del incidente que casi llevó a la clausura al sanatorio, fundamos la Sociedad de Sanatorios de Corrientes, conformada por establecimientos de capital, que mutó en Asociación de Clínicas de la Provincia de Corrientes cuando se sumaron los del interior.

Como elemento de una potencial medida de fuerza, era mucho más valioso un sanatorio del interior, único en su zona, que uno de la capital, donde se focalizaba la mayor parte de ellos. Con el tiempo, las localidades se escindieron de la tutela de la Asociación para armar una compuesta exclusivamente por sanatorios no capitalinos.

A pesar de ello, establecí que los miembros de la Comisión debían encontrarse dentro de un radio determinado que no excediera los límites de la ciudad, para tener la suficiente autonomía y celeridad de reacción en casos de urgencia. Por propia decisión, me relegué a cargos subalternos, buscando pasar desapercibido. No quería que mi presencia, una vez más, diera lugar a equívocos sobre la finalidad de la Asociación, que no tenía nada que ver con lo partidario. Con todo, fui electo presidente por cuatro períodos consecutivos.

En sus comienzos, los cargos eran ejercidos ad honorem, pero de vuelta de unas vacaciones, al reincorporarme a mis tareas en la Asociación, me trajeron un cheque a mi nombre. Cuando pregunté en concepto de qué se me entregaba, me contestaron que durante mi ausencia se había resuelto otorgar una remuneración a los miembros de la Comisión.

Cometí el error de permitir que cualquier disposición pudiera ser avalada con la firma de solamente dos directivos. Luego de eso, renuncié.

Pero en el medio, la Asociación constituyó uno de los motivos de orgullo más grande que guardo hasta hoy. Considero como una tarea titánica la unión de todos los sanatorios de la provincia, todos, sin excepción. También un logro que sentó jurisprudencia a nivel nacional: la provisión a los pacientes internados de medicamentos por unidad y por consumo. Esto generó toda una serie de disputas con los farmacéuticos monopolizadores de la provincia, que no querían ver perdido un negocio enorme. Actualmente, el sistema se usa en todo el país, después de que por primera vez un fiscal de Estado aprobara la resolución, basada en nuestra iniciativa.

Desde la Asociación motorizamos varias iniciativas conjuntas con la faz privada, con la que trabajábamos mancomunadamente. En los días en que el cólera era un flagelo nacional, aportamos al municipio capitalino tanques de cloro para ser empleado en la purificación de agua no segura. La recolección se hizo extensiva a los comercios, que donaban bidones para la campaña, que bautizamos "Círculo del cloro".

En su oportunidad, mi hija Patricia fue miembro del Comité de la Presidencia, tomando el relevo de las funciones que yo, en su momento,

desempeñé. También, al igual que yo representa a Corrientes en la Confederación de Clínicas, Sanatorios y Hospitales Privados a nivel nacional.

El presente

Balance entre mundos

La existencia de cualquier persona no suele discurrir por carriles rectos, con puntos de partida y de llegada perfectamente delimitados. En el camino de la existencia, varias son las bifurcaciones que marcan nuevos senderos, nuevos rumbos, que son accesos a nuevos mundos.

Durante mi vida, me tocó atravesar circunstancias felices y otras no tanto, pero el saldo, a mi edad, me deja un mayor número de acontecimientos gratos que de los otros.

Una sola pérdida importante guardo en mi historia: la de mi esposa, el pilar de mi realización en todo sentido, el faro que evitó que escollara cuando las cosas estaban en contra. Trabajamos siempre juntos, alentándonos y apoyándonos mutuamente ante las dificultades que durante largos y difíciles años se nos fueron presentando.

Ahora, una parte de mí está ausente, lejana. Viajar, la vida cotidiana, las pequeñas cosas ya no son lo mismo sin mi compañera de toda la vida.

Aun con todo, me siento realizado. No coseché enemigos, nadie puede refutar mi integridad. Tuve tres hijos que continuaron en todo con las premisas que nos fueron inculcadas a nosotros en su tiempo. Silvia y Patricia permanecen a mi lado en la dirección y administración del sanatorio, desde 1984, cuando pasó a ser una empresa familiar. Guillermo es un prestigioso

cirujano plástico, reconocido por las innovaciones que introdujo en su campo. Basado en un aparato de hemodiálisis, construyó y patentó una máquina de liposucción que innovó la cirugía estética, además de instrumental quirúrgico de avanzada, ponderado a nivel mundial.

Es ese el mismo Guillermo que, de chico, cuando trajo una nota baja en la libreta, como explicación a su madre le dijo que fue “porque le tocó pasar primero”; solía memorizar lo expuesto por sus compañeros para armar la lección.

Fuimos osados- digo fuimos, Olga y yo, porque es imposible el uso del singular en lo que respecta al sanatorio-, al hacer prácticamente de la nada un centro de alta complejidad como prácticamente no se encuentra en la parte privada. Y más osadía entraña el hecho de haberlo hecho prácticamente sin apoyo oficial, superando la estrechez de miras de muchos funcionarios que más que fomentar entorpecieron un progreso que, pese a todo, se fue consolidando sin desmayos. Un ejemplo de esa estrechez se dio hace poco más de un año, cuando el equipo de mi hijo operó gratuitamente a chicos con labio leporino en el sanatorio. El “estímulo” del Ministerio de Salud Pública Provincial fue iniciar un sumario por no haber pedido una autorización. Por suplir una carencia que debería cubrir el Estado, fuimos llamados a la atención por los gobernantes que discriminan a personas necesitadas al no darles una mano y la atención que necesitan.

Y es que, como explicité, la salud es el gran tema pendiente desde hace muchísimo tiempo en el país, más del soportable. Cuando visité la sala de Primeros Auxilios de Riachuelo, me sorprendí del estado calamitoso en el que se encontraba. Pregunté donde esperaban los pacientes la ambulancia para el

traslado a la capital en los casos en que era necesario, y me señalaron una silla. No había camillas, mobiliario, instrumental. Hice una donación de todos esos elementos, además de estetoscopios, tensiómetros, soportes para suero, medicamentos.

Por la solidaridad se proveyó de algo que debería ser garantizado por la esfera gubernamental.

En este contexto, los establecimientos privados pasaron de prestadores a financiadores del sistema sanitario, en una subversión que ahoga a un sector ya de por sí sufrido. Aunque ya no se me deniega el crédito por comunista como antaño, tampoco se me facilita, ni a mí ni a los demás sanatorios. El sector es considerado de riesgo, y ni siquiera somos reconocidos como PyME, lo que nos facilitaría el acceso a varias ventajas en la compra e importación de equipamiento de última generación que, a fin de cuentas, supone una mejora en la atención del paciente y un avance para la comunidad.

No es fácil llegar a los casi ochenta años, con las incomodidades físicas y las limitaciones que el tiempo impone, pero todavía quiero que esto, este lugar, esta empresa siga creciendo, y para eso proyecto maneras de expandirnos, de seguir prosperando, de no detenernos en la búsqueda de la excelencia que siempre fue la finalidad última de lo emprendido.

Cuando recordábamos, con Olga, los primeros tiempos, siempre concluíamos en lo mismo: “¡Que caraduras fuimos para decir que aquello era un sanatorio!”

La lucha y el avance parejo que nos hizo llegar a esto que tenemos hoy nos permiten ver que, casi de cero, de aquellas modestas habitaciones con patio emparrado, creamos un gigante que no sólo es motivo de orgullo para

nosotros, sino para la región toda. Las obras de los hombres sólo son posibles cuando se trabaja en equipo, y nosotros construimos uno que nos eleva, integrado por el valioso capital humano del sanatorio, que ya ha dejado de pertenecernos para pasar a ser un referente de la salud en el MERCOSUR.

De lo gremial y lo político, queda la satisfacción de no haber transigido con los ideales primarios, esos que le insuflaron bríos a mis primeros años y que continuaron guiados por una coherencia atemporal.

Las épocas duras que superé fueron las que marcaron a todo un país, que se sacudió por los temblores de las dictaduras y los gobiernos antidemocráticos.

Para nuestra generación, el voto era una obsesión, y en épocas de interrupción institucional, una utopía que costaba muy cara.

Muchas cosas cambiaron, otras no tanto, pero si las convicciones son sólidas, se mantiene una conducta invariable que no deja resquicios a las dudas.

Cuando empecé en la medicina, todo estaba por hacerse.

Corporativamente, el cuerpo médico estaba desmembrado, débil, sin iniciativa. Todo estaba supeditado a los favores o a los guiños políticos de las autoridades de turno. Se era favorito o se estaba afuera. Con el Colegio Médico se logró una equidad impensada en los días en que los cambios de autoridades derivaban en purgas feroces en los planteles hospitalarios.

Como herencia a mis tres hijos y trece nietos, dejé un apellido y una trayectoria de las cuales enorgullecerse, como yo me enorgullezco de mis antepasados. Creo firmemente que el hombre trasciende a la existencia efímera de su vida por las obras de bien hacia sus semejantes, realizadas con

el auxilio imprescindible de la moral, la honestidad y la solidaridad, sean las que fueren la filosofía, creencia, religión, raza o ideología política que profesen.

Numerosas son las distinciones y cargos honorarios que me otorgaron: Ciudadano Ilustre de la ciudad de Corrientes, Socio Vitalicio y Fundador del Colegio Médico de Corrientes, Tribunal de honor de la Federación Económica de Corrientes, la distinción del Rotary Club Río Paraná, Miembro Correspondiente Nacional de la Sociedad Argentina de Psicoprofilaxis Obstétrica, Socio Fundador de la Sociedad de Obstetricia y Ginecología de Corrientes, Diploma de Honor del Colegio Médico, Ciudadano Ilustre del Municipio de Riachuelo, premio Taragüí de Plata...

Todo eso se suma al premio más grande que puede entregar la vida a un hombre con mis años: la satisfacción de la tarea escrupulosa, la certeza de haber llegado en base a esfuerzo y tesón, la tranquilidad de no tener nada que reprocharme. No me arrepiento de nada. Si volviera a empezar de nuevo, repetiría todas mis acciones tal y cual fueron realizadas en su momento.

En mi vasto archivo, guardo una hoja escrita por un entrañable personaje, S. E. Verocay, autodefinido como un “graduado en la Facultad de la Calle de la Universidad de la Vida”, que me parece un colofón ideal para este repaso de los surcos que tracé en esta vida:

Juventud

La juventud no es una época de la vida. Es un estado de la mente. El predominio del valor sobre la timidez. El riesgo, la acción, antes que el deseo de comodidad.

Nadie es viejo sólo por haber vivido tantos años. Se envejece cuando se abandonan los ideales. Los años arrugan la piel, pero renunciar a los ideales encoge el alma.

Se tengan 70 o 16 años, siempre existe en todo corazón humano el amor maravilloso, la dulce admiración por las estrellas y por todo lo que irradian, sean acciones o pensamientos.

Se es tan joven como tu confianza y tan viejo como tu temor. Tan joven como tu esperanza y tan viejo como tu desesperación.

Mientras tu corazón reciba mensajes de belleza, de alegría, de intrepidez, de hombres y del infinito, eres joven.

Cuando todos los resortes se han aflojado y todos los rincones del corazón estén cubiertos con la nieve del pesimismo y el hielo del cinismo, entonces, y sólo entonces, habrás llegado realmente a viejo.

Ahora, en estos mis casi ochenta años, vividos con intensidad y con pasión, todavía movido por las mismas ambiciones y espíritu de lucha que me dieron ímpetu de joven, pienso que, aplicando los parámetros del texto de Verocay, estoy lejos de la vejez absoluta.

Y eso, para cualquiera, es motivo de una ilimitada plenitud.